

La Corona: Insurrección

Karina Hernández



Capítulo 1

"Siempre se repite la misma historia: cada individuo no piensa más que en sí mismo."

Sófocles.

Capítulo 1

Pritige

Anne era una chica de veinticuatro años que acababa de graduarse de la Universidad en la licenciatura de Historia del Arte. Siempre soñó en ser una chica común, pero para ella eso resultaba imposible pues al ser la primogénita del rey Felipe VI, llegaría el momento, luego de la muerte de su padre, en que sería coronada reina.

Desde temprana edad fue educada para el cargo que estaba en su sangre desempeñar, su vida jamás había sido normal, aun así nunca renegó de su destino, al contrario de lo que se suponía, la princesa ansiaba convertirse en reina y seguir los grandes pasos de su padre.

Pritige era un hermoso país en donde ella algún día reinaría, ahí las riquezas de la corona apoyaban al pueblo. Su padre al igual que su abuelo se ganaron la admiración, gratitud y cariño de sus ciudadanos debido al arduo y justo trabajo que realizaron. El rey Felipe VI era conocido por ser un monarca honesto y leal, sin embargo existía un grupo rebelde que quería derrocar a la monarquía para instaurar un nuevo régimen que prometía ser libre de beneficios.

Este grupo radical había luchado por años para quitar al rey en turno, a pesar de ello no tuvieron éxito. Luego de una guerra civil que duró aproximadamente dos años durante el reinado del rey Jorge V, bisabuelo de Anne, los rebeldes fueron desterrados del país. Aun así se creía que desde hacía varios años los sucesores de estos habían regresado para retomar los planes de sus antepasados.

Aunque el país atravesaba uno de los mejores momentos de su época, los rebeldes en secreto se reunían en los confines de las tierras para preparar su revancha. Muy pocos conocían del retorno de dicho grupo, por años se corrieron rumores en las calles en donde profetizaban su regreso, aun así

la mayoría de la gente en Pritige creían que todo era mentira, tanto que la existencia de los rebeldes se había convertido en una leyenda urbana.

Mientras todos pensaban que este grupo conspirador había desaparecido, existía alguien que no se creía por completo aquella idea, el rey Felipe VI opinaba que en cualquier momento saldrían a combatir una nueva guerra, por lo que había tomado sus precauciones por si ese evento sucedía.

Una de las cosas que le quitaban el sueño al rey era que este grupo radical apareciera cuando su hija, la princesa Anne, estuviera en el cargo, por tal razón él mismo se ocupaba de su formación porque entendía que no estaría con ella cuando sucediera la guerra.

El comandante general, Ronel Martí, quien era el confidente y mejor amigo del rey había sido encomendado para cuidar de la familia real por si algún día él llegara a faltar, sobre todo de cuidar y guiar a su pequeña Anne. El rey Felipe VI sabía muy bien que su heredera al trono no estaba hecha para vivir una guerra, ella era una chica inteligente, linda, inocente y servicial, un conflicto armado sería un gran desastre para la princesa, aun así estaba seguro de que esas mismas cualidades la llevarían a ser una gran monarca, y esperaba que fuera mucho mejor que él.

Poco después de que Anne terminara la universidad, empezó a trabajar para la corona, para formar a su futuro reinado. Por esa razón se le otorgaron algunos patronatos relacionados con las artes, la igualdad de género y apoyo a los jóvenes, los cuales dirigía de maravilla. Sus padres, el rey Felipe VI y la reina Consuelo la estaban dejando volar sola, era tiempo de que se fuera forjando para cuando le llegara la hora de ponerse la corona.

Otro de los miembros de la familia real era el príncipe Christopher, hermano menor de Anne, quien con tan sólo dieciocho años de edad, ya había iniciado una carrera militar, misma que decidió dejar en pausa para cursar la universidad, eligiendo la licenciatura en leyes para su formación académica. Por su corta edad todavía no se le asignaban patronatos para que dirigiera, en Pritige era esencial que los miembros de la realeza alcanzaran la edad de veintiún años para convertirse en funcionarios activos.

A pesar de que Anne era miembro de la familia real, ella trataba de llevar una vida acorde a su edad, y en compañía de su mejor amigo Alfonso Villas realizaban actividades como unos jóvenes normales, aunque claro, siempre de una buena manera, hasta sus veinticuatro años nunca había sido protagonista de ningún escándalo, todo el pueblo la adoraba.

A pesar de eso, la princesa escondía un pequeño secreto que solamente conocían oficialmente Alfonso y el príncipe Christopher. En sus tiempos en la facultad se había enamorado profundamente de un hombre,

desgraciadamente aquel amor era imposible para la vista de todos, puesto que ese hombre era un prestigioso profesor de la carrera de derecho. Para Anne no importaba el hecho de que su enamorado tuviera más de cuarenta años. Su inteligencia, educación y personalidad la tenían completamente enamorada, y eso era suficiente para ella.

Martín Frarraga era profesor de derecho de la Universidad de Pritige. Tenía fama de ser un hombre con escrúpulos, formación y honradez. Había quedado viudo algunos años atrás y desde entonces no se le conocía ninguna relación formal. No era de la clase de hombre que iba conquistando corazones, aunque no se le podía negar que era un hombre guapo y elegante, aun así jamás se había vuelto a enamorar desde que su esposa Cecilia falleció de cáncer varios años antes. Luego de aquel trágico acontecimiento, él pensó que no podría volver a amar a otra mujer, hasta que Anne llegó a su vida.

Ella había sido su alumna durante el segundo semestre de la princesa y desde entonces tenían una relación secreta. El profesor conocía muy bien la situación de Anne, a pesar de ello la amaba con gran locura que estaba dispuesto a vivir bajo su sombra para que no se viera envuelta en un escándalo. Él la respetaba y apoyaba en todas sus decisiones, no le importaba el título que le había sido heredado por nacimiento, la veía como la chica linda y dulce que conocía desde la universidad.

Ambos jamás se veían en público y cuando de repente se llegaban a encontrar, se trataban como el protocolo real marcaba. Martín no sólo se dedicaba a ser catedrático en la universidad, sino que era además un reconocido abogado y miembro de la Cámara de los Comunes, sitio en el que se creaban las leyes y se marcaba el rumbo del país en conjunto con el monarca y los magistrados de justicia.

Los dos tenían un noviazgo clandestino, sin embargo aunque pensaban que nadie más lo sabía, el Comandante General y hasta el mismo rey Felipe VI conocían de su romance. Ninguno de estos habían dicho o hecho algo sobre ese asunto, aunque tenían sus dudas acerca de las intenciones del profesor, veían tan enamorada e ilusionada a la princesa que decidieron mantenerse al margen, esperando que lo que existía entre los dos fuera realmente amor y mientras Martín jamás hiciera algo que perjudicara a Anne, dejaban que los enamorados siguieran con su historia, sin apartarse demasiado de ellos.

No se podía negar que el rey Felipe VI respetaba y admiraba a Martín, a pesar de los pensamientos liberalistas de este. El monarca sabía que en otra época o en otras circunstancias, su hija y el catedrático no hubieran tenido que esconderse para estar juntos, no obstante por el momento tenía que ser de esa manera por el bien de la institución que algún día dirigiría Anne.

Capítulo 2

Capítulo 2

Predicción

El país de Pritige era un hermoso lugar donde vivir, pensó Anne mientras se encontraba sentada observando la gran Explanada de los Fundadores. Ahí estaban las esculturas de los primeros hombres y mujeres de aquel país, quienes después de mucho buscar en dónde asentarse, hallaron en ese mágico valle el sitio perfecto para formar un hogar. Ella amaba ese espacio público de la ciudad, creía que en ninguna parte se podía contar tanta historia como en ese.

En los alrededores de la Explanada de los Fundadores se localizaban los monumentos de los gobernadores del país. A lo lejos se podía apreciar las figuras de su tatarabuelo, su bisabuelo, su abuelo y su padre, y sabía que en algún momento del futuro ella también estaría ahí.

Esa plaza era su favorita de toda la ciudad, le encantaba ir a sentarse a leer un libro y olvidarse por unas cuantas horas quien era en realidad.

Del lado izquierdo de la explanada se veía a la distancia el majestuoso Palacio de Baldovinos, sede de la monarquía y su hogar. En el lado derecho estaba el magnífico e imponente Edificio de Maltas, cuna de la Cámara de los Comunes. Era un poco extraño, pero sobre todo mágico ver la gran diferencia entre ambos lados. En el primero se representaba los inicios de la ciudad, la parte conservadora, y del segundo estaba la innovación, la modernidad.

Esos dos edificios eran algunos de los más hermosos y grandes con los que contaba la ciudad. Ambos tenían un significado muy personal para ella, uno simbolizaba su completa existencia y su futuro incierto, el otro personificaba la esperanza y el amor, puesto que Martín trabajaba en ese lugar. Recordó rápidamente lo que sucedió hacía bastantes años ahí, no podía creer que en aquella ciudad tan tranquila, amable y mágica se hubiera convertido en el escenario de una de las peores guerras de la historia de Pritige. El conflicto entre la monarquía y los rebeldes dejó grandes manchas de sangre en la ciudad. Su bisabuelo tuvo que empezar desde cero luego de su victoria para reponer el daño que ocasionó la guerra, él y posteriormente su abuelo se esforzaron sobrehumanamente para lograr restaurar la paz y la economía de la ciudad, y así formar el país libre y honesto que era ahora.

Aunque por las calles corría el rumor de que los rebeldes habían regresado a la ciudad y preparaban una segunda guerra, Anne no creía en eso. Desde que tenía memoria se hablaba de ese chisme como noticia vieja, sin embargo hasta entonces no existían señales de tal retorno. Pensaba que la guerra era un asunto muy lejano y tal vez improbable. La gente vivía en armonía, no existía la pobreza y todo el pueblo amaba la monarquía, no entendía cómo podía ocurrir un conflicto armado si todo estaba bien en el país. Lo que ella no comprendía todavía es que la raza humana siempre ha sido codiciosa, deseosa de poder, de control y que eso era más que suficiente para derrocar cualquier imperio.

Suspiró hondo, había llegado la hora de regresar a casa, cerró el libro que estaba en su rezago y lo guardó en su bolsa. Se levantó y emprendió el regreso a su hogar. Mientras caminaba le gustaba observar a la gente, llenarse de su amigable ambiente. En su camino tropezó con una gitana que leía las cartas del tarot y aunque la princesa se rehusó cordialmente para que no lo hiciera, ante la insistencia de ella no tuvo más opción que aceptar. La mujer la hizo sentarse en una silla plegable dispuesta frente a una mesa.

- Vamos a ver qué dicen las cartas, querida – le dijo la gitana, ella obedeció – Mmm... interesante. Entre tus venas corre sangre real, estás destinada a ser alguien grande.

Anne sonrió por cortesía, claro que corría sangre real por sus venas, era la hija del monarca y por lo tanto le deparaba un destino grande siendo la heredera del trono. Ella no dijo nada, se limitó a quedarse callada, no creía en la videncia. Era obvio todo lo que le estaba diciendo la gitana, no había nadie en algún rincón de aquella ciudad que no la conociera.

- Mmm... interesante – repitió la gitana, Anne suspiró hondo, ya quería marcharse de ahí – Veo que en tu vida existe un gran amor, hay un maravilloso hombre que te pretende y es algo mayor que tú – la gitana le guiñó un ojo, ella se puso nerviosa – Veo que te sucederán grandes cosas, inimaginables – comentó.

- Muchas gracias por sus atenciones, pero tengo que retirarme –dijo la princesa levantándose nerviosamente de la silla.

En ese preciso momento lo único que quería hacer era correr hasta estar segura entre las murallas de su palacio, la revelación que acababa de decir la mujer la asustó, ¿cómo era posible que supiera su secreto? Un grito ahogado hizo que Anne se alejara de sus pensamientos y volteó a ver a la gitana. El rostro de ella estaba lleno de terror, la princesa no entendía lo que pasaba. La gitana seguía viendo paralizada las cartas, entonces la chica observó las figuras que había en ellas.

El diablo, la torre, la luna, la muerte y el loco eran las cartas que se encontraban sobre la mesa, Anne no entendía lo que significaban, aun así

un miedo inmenso comenzó a paralizarla.

- ¿Qué es lo que sucede? ¿Qué es lo que dicen las cartas? – preguntó Anne con desesperación.

La gitana al escuchar su voz volteó hacia ella lentamente, y todavía con un rostro pálido la miró fijamente.

- Mi niña, tienes que escapar de aquí – respondió temblándole la voz – La oscuridad invadirá este lugar y traerá una de las mayores catástrofes de la historia. Se volverá a derramar sangre por estas calles, gente inocente perderá la batalla y el hombre negro resurgirá de los confines de la tierra.

Anne se quedó petrificada, no podía reaccionar.

- ¿Cuándo sucederá? – cuestionó luego de unos minutos en silencio.

- Pronto – contestó de inmediato la gitana – No hay tiempo que perder, tú y los tuyos deben abandonar la ciudad, antes de que sea tarde.

- No podemos irnos, tenemos que proteger a la gente.

- No pueden hacer nada. Esto es mucho más grande de lo que sucedió. No deben luchar contra ellos – la gitana la tomó por los brazos fuertemente – En esta guerra no ganarán, por lo menos no por ahora. ¡Ve, corre! ¡Avisa a tu gente! Cada minuto es vital. Tienen que salir esta misma noche.

- ¿A qué se refiere a que no ganaremos por ahora? – preguntó la princesa confundida.

- Eso no importa en este momento. Tienen que refugiarse, los oscuros están cerca. ¡Vete, ahora! – la gitana empujó a Anne, esta salió corriendo con rumbo al Palacio.

Mientras corría en dirección a Baldovinos, su cabeza estaba a punto de estallar, no podía ser cierto lo que acababa de predecir la gitana, no quería creer en eso.

Cuando estuvo frente a la gran puerta del Palacio, se detuvo y respiró hondo, si ella no creía en la adivinación, ¿cómo era posible que desde su interior algo le decía que todo era cierto?

El guardia de la entrada al verla, abrió la puerta para que pasara, la princesa volvió a respirar hondo, tenía que ir inmediatamente con su padre para advertirle, esperando que le creyera, como siempre lo había hecho.

Capítulo 3

Capítulo 3

Advertencia

Lo primero que hizo Anne al entrar a Palacio fue buscar a su padre. Caminó lo más rápido que pudo hasta el despacho del monarca, pero al llegar se topó con Adrián Romero, secretario particular del rey.

- ¡Adrián! ¡Tengo que hablar urgentemente con mi padre!
- Su real alteza, en este momento el rey se encuentra ocupado en una reunión importante, no podemos interrumpirlo.
- ¡Pero es una emergencia! – soltó Anne.
- Entiendo lo que quiere decir, sin embargo nadie puede entrar a esa oficina. El mismo rey ordenó que no se le molestara, y usted más que nadie entiende la situación.

Anne resopló molesta, Adrián tenía razón, cuando su padre ordenaba que no se le interrumpiera se cumplía. Respiró hondo como por quinta vez.

- En cuanto se desocupe, podría pedirle una audiencia para mí de manera urgente, por favor.
- Claro, princesa – contestó Adrián – Le avisaré.

Anne agradeció con un movimiento de cabeza y se dirigió hacia su habitación, por el momento no podía hacer nada más.

Al llegar a su habitación cerró la puerta, se quedó unos minutos de pie todavía conmocionada, internamente algo la impulsaba a salir corriendo de aquel lugar, ella y su familia corrían un gran peligro. Quiso decirle a alguien más, a pesar de ello sabía que no podía, era un tema que únicamente debía tratar con su padre. Si lo comentaba a su madre, sólo crearía pánico, no sabía si podía decírselo a su hermano Christopher, a pesar de la edad de este, siempre se había caracterizado por ser más maduro de lo que sus años mostraban. Puso la mano en la manija de la puerta, no obstante desistió de su decisión, no porque no lo quisiera hacer, sino porque recordó que él no se encontraba en Palacio, aún seguía en la universidad.

Se sentó en la orilla de la cama, no podía mantenerse quieta, tenía que hacer algo, antes de que sucediera cualquier cosa. Cerró los ojos, esperaría hasta que su padre se desocupara, confiaba en que Adrián

podría conseguirle unos minutos a solas, solo le bastaba esperar.

Ya habían pasado tres horas desde que aguardaba para hablar con el rey. Anne se levantó de la cama y comenzó a dar vueltas por toda la habitación. Los minutos se esfumaron furiosamente, el reloj de pared le anunciaba que se quedaba sin tiempo.

De repente alguien tocó a su puerta, su corazón palpitó rabiosamente, tal vez su padre había ido a buscarla.

- ¡Adelante! – dijo en voz alta.

La puerta se abrió lentamente y entró Adrián.

- Su real alteza – comentó dando una reverencia – Su padre, el rey, ha tenido que salir de Palacio para tratar unos asuntos urgentes. Le pasé su recado y él comentó que la buscaría en cuanto regresara.

- ¡Pero no puedo esperar! – dijo con desesperación - ¡Es un tema de vida o muerte!

- Yo sólo le estoy comunicando lo que ha dicho el rey.

- Tienes razón, discúlpame – respondió en voz baja.

Adrián la miró detenidamente, la conocía perfectamente, la chica que tenía enfrente reflejaba miedo, la consumía el terror, comprendió que fuera lo que sea que le tenía que decir al rey, realmente era importante.

- Si de algo le reconforta – continuó – Yo mismo escoltaré a su padre hasta este lugar para que hable con usted. Será lo primero que haré en cuanto el rey pase las puertas del Palacio.

- Se lo agradezco, Adrián.

Ella lo miró fijamente, confiaba en el secretario, ¿y si le contaba todo? Era la mano derecha de su padre, sabía que este pondría las manos al fuego por el rey, quizás podría ayudarle. Abrió la boca, pero inmediatamente la cerró, Adrián lo notó y la observó en espera de que pronunciara algunas palabras que jamás llegaron.

- ¿Tiene algo que quisiera contarme? – preguntó extrañado.

Anne meditó la pregunta por un par de segundos, luego meneó la cabeza para decir que no.

- Muy bien, entonces me retiro – dio media vuelta – Si necesita ayuda para lo que sea, estaré en mi oficina – y salió.

Ella se quedó mirando la puerta, ¿por qué no había podido confiarle su secreto? No lo entendía. Se aventó a la cama y se tapó el rostro. No sabía qué hacer, ¿cómo iba a llegar a convertirse en reina si no confiaba las cosas con las personas? Nuevamente tendría que esperar hasta el regreso de su padre.

El sol comenzó a esconderse para dar paso a la noche, no tenía ni treinta minutos que Adrián le había dicho que su padre salió del Palacio, cuando ella se quedó dormida. Aunque trataba de mantener los ojos abiertos en la espera del rey, el sueño la venció.

Los rayos del amanecer la despertaron de golpe, en cuanto se dio cuenta de que se había quedado dormida, se levantó rápidamente y corrió en busca de su padre. No lo encontró en el despacho, preguntó por él al personal del Palacio y ninguno pudo darle alguna noticia. Buscó a Adrián, pero tampoco se encontraba. Así que decidió ir con su madre para preguntarle sobre el paradero del rey.

Entró en el comedor, no la había encontrado en su habitación, por la hora dedujo que estaría desayunando. En la mesa estaba ella y Christopher, quienes al verla le dieron los buenos días.

- ¡Buenos días! – contestó no con muy buen humor.
- ¡Creo que alguien no durmió bien anoche! – dijo Christopher.
- La verdad no pude dormir bien – respondió.

Y era verdad, toda la noche su sueño se vio lleno de trágicas y desgarradoras escenas. Dolor, sangre, muerte era todo lo que pudo ver en su pesadilla, reflejo del secreto que guardaba y que deseaba gritar con desesperación.

- Cariño, ven, siéntate a desayunar – comentó la reina Consuelo – Te hará bien comer un poco. ¡Estás muy pálida!

Anne se sentó, miró el desayuno y sintió unas náuseas terribles, tenía los sentimientos a flor de piel.

- Mamá, ¿sabes dónde está papá? – preguntó tratando de no ver la comida.
- No, desde ayer en la tarde salió para tratar unos asuntos importantes y no regresó a casa anoche.

Anne sintió un nudo en la garganta, se preocupó, ¿y si le había pasado algo?

- Hoy por la mañana me llamó por teléfono y me dijo que regresaría por la tarde – continuó la reina.
- ¿Crees que papá esté bien?
- En la llamada lo noté algo preocupado – reflexionó la reina – Pero me dijo que todo estaba bien, que hablaríamos a su regreso.
- Necesito hablar con él – dijo Anne - ¿Crees que cuando lo veas puedas decírselo?
- Claro, cielo – respondió – Yo le diré.

Ella se levantó de la mesa, ya no aguantaba el olor de la comida, tenía que salir de ahí o vomitaría. El príncipe Christopher observó a su hermana, sabía que algo le pasaba.

- Mejor me retiro a mi habitación – dijo la princesa – No me siento bien.
- ¿Quieres que te revise un médico? – preguntó la reina preocupada.
- Estaré bien en cuanto pueda descansar.
- Ve y duerme un poco. Al rato iré a ver cómo sigues.

Anne asintió con la cabeza, miró unos segundos a su hermano mientras él también lo hacía con ella, luego salió del comedor de regreso a su cuarto.

Durante unas horas estuvo dando vueltas en la cama, pues no podía conciliar el sueño, su mente le decía que tenía que estar alerta, ya había perdido mucho tiempo. Al darse cuenta de que no podría dormir, se sentó en la cama, necesitaba hacer algo.

Tomó su celular y marcó a la segunda persona en la que más confiaba en este mundo. Con una llamada de un par de minutos acordó verse con Martín en la Explanada de los Fundadores, cerca del Edificio de Maltas, en donde en ese momento él se encontraba trabajando.

Se levantó y se vistió. Con un vestido ligero color rosa, saco negro y zapatillas de tacón en rosa, salió del Palacio para encontrarse con el amor de su vida.

Cuando llegó a unos cuantos metros del Edificio de la Cámara de los Comunes, se sentó en uno de los bloques desiguales que estaban enfrente. A los pocos minutos salió Martín, la buscó con la mirada, la princesa levantó la mano para que la viera, y cuando este pudo ubicarla fue hacia ella.

Martín se veía muy guapo aquel día, pensó Anne. Él iba vestido con un traje negro, camisa blanca, corbata azul y zapatos negros. Al llegar junto a ella, solo se sentó a su lado, aunque tenía unas inmensas ganas de besarla, no podía, estaban en un lugar público.

Permanecieron un par de segundos en silencio, Martín le pasó a Anne un vaso de café y una bolsa de papel con galletas, las favoritas de ella. Anne

agradeció y dio un sorbo a su café, su cuerpo lo sintió como una bendición, no había comido nada en lo que iba del día.

- ¿Todo está bien? – preguntó por fin Martín.
- No lo sé – contestó Anne encogiéndose de hombros – Realmente no sé bien si está pasando algo o sólo es mi imaginación.
- ¿Quieres contarme? – dijo mientras la miraba dulcemente.

Ella suspiró hondo, amaba la forma en que ese hombre la hacía sentir en confianza. Tomó otro sorbo del café y se preparó para contarle lo que había ocurrido un día antes con la gitana. Él escuchó atentamente, no dijo nada, solamente ponía atención en lo que su amada le contaba.

Cuando terminó de explicar su historia, Anne se quedó callada en espera de que Martín hablara.

- ¿Crees que estoy exagerando? – le preguntó después de unos cuantos minutos en silencio.
- No lo sé – contestó pensativo – No creo que la predicción de una gitana tenga mucha validez.

Anne asintió con la cabeza.

- Pero si te parece bien y para que estés más tranquila, voy a preguntar a gente de confianza para averiguar si se ha escuchado algo de ese tema.
- Gracias.

Ambos se quedaron en silencio. Ellos miraban a su alrededor, muy pocas veces se veían de esa forma.

- ¿Podemos vernos hoy en la noche? – preguntó Anne – Quisiera estar contigo a solas.

Martín la miró y sonrió.

- Sabes que sí. Ansiaba que lo preguntaras.
- Entonces te veo en el lugar de siempre a la misma hora.
- Esperaré con locura para que llegue esa hora.

Se miraron a los ojos, con tan solo verlos en ese momento se podía observar el amor que ambos se tenían. Se amaban con locura. Se levantaron, y se pararon enfrente del otro.

- Nos vemos – dijo Martín.
- Claro – contestó Anne.

La mano de Martín rozó rápida y suavemente la mano de Anne. Sonrieron

y cada uno se dirigió hacia su destino. Él a la Cámara de los Comunes y ella con rumbo a Palacio.

Capítulo 4

Capítulo 4

Pequeño Secreto

La princesa Anne se encontraba en la Biblioteca del Palacio. Buscaba entre los miles de libros alguno que hablara sobre la “Guerra de la Conspiración”, como los historiadores la habían llamado, quería saber más sobre el grupo rebelde.

Existe una frase célebre que afirma quien no conoce su historia, está condenado a repetirla, en este caso la princesa creía que no aplicaba, en Pritige era más que conocida aquella guerra y las consecuencias que trajo consigo. Anne no entendía cómo los hombres podían matarse entre sí por poder. Para ella la guerra era algo que había pasado en otra época, en otros tiempos. El país atravesaba su momento de paz.

En lo que hojeaba uno de los libros que tenía abiertos encima de la mesa, alguien tocó a la puerta.

- ¡Adelante! – dijo absorta en lo que leía.
- Creo que alguien se ha metido a saquear la biblioteca – comentó el rey.

Anne al escuchar la voz de su padre volteó enseguida, él la miró y le sonrió. La princesa corrió en su dirección y lo abrazó. El rey Felipe VI abrazó a su hija confundido. Anne comenzó a llorar.

- ¿Qué pasa hija? – preguntó el rey.
- Tengo algo muy... - empezó a decir, pero el llanto no la dejaba terminar.
- Urgente. Lo sé – contestó el rey – Tu madre y Adrián me dijeron que desde ayer me estabas buscando.
- Necesito contarte algo – continuó la princesa.

El rey se separó un poco de la heredera al trono, vio su rostro, tenía muchos años en que no veía de esa manera a su pequeña.

- Qué te parece si primero vamos al jardín a caminar para que te relajes y luego me cuentas eso urgente que quieres decirme – propuso mientras le secaba las lágrimas.

Ella asintió y de la mano de su padre se dirigieron al exterior. Después de unos minutos caminando los dos por los grandes y hermosos jardines del Palacio, Anne se tranquilizó. Los jardines empezaban a revivir luego de un

largo invierno, ya que entraba la primavera, y con esta todo su esplendor.

- Ahora que estás más tranquila, ¿Qué es de lo que me quieres hablar?

Anne suspiró hondo y le contó a su padre lo que tanto había querido decirle desde una tarde anterior. Ante cada palabra de la princesa, el rey no hizo ningún gesto, su rostro no mostraba ningún sentimiento al respecto.

Ella finalizó su relato y miró a su padre, esperaba saber qué pensaba a través de sus facciones, pero él no hizo nada, sólo estuvo unos minutos pensativo.

- ¿Y tú que piensas? – le preguntó por fin Felipe VI.

- No lo sé – se encogió de hombros – Quiero creer que no es verdad, aun así algo muy dentro de mí dice que sí.

El monarca tomó las manos de su pequeña.

- Hasta el momento no tengo ninguna noticia acerca de algún levantamiento. Pero estaré alerta.

- Gracias.

- Otra cosa, necesito que me prometas que no vas a decirle esto a nadie. Mucho menos a tu madre. No quiero preocupar a la gente hasta que no tenga algo más cierto. Que sea nuestro pequeño secreto.

La princesa asintió con la cabeza. Él la abrazó con fuerza. Estuvieron unos cuantos minutos abrazados. Luego Felipe VI se separó de ella para reunirse con su secretario particular, quien ya lo esperaba en la puerta.

Antes de irse, le dio un dulce beso en la frente y se alejó. Anne vio marchar a su padre sin darse cuenta de que tal vez sería la última vez que lo vería... con vida.

A las ocho de la noche Anne se bajó de su automóvil para entrar a la casa de Martín, quien vivía a las afueras de la ciudad. Desde que inició su relación con la futura reina, Frarraga decidió por el bien de esta, cambiar su domicilio a un lugar apartado de todos, así que convirtió en su hogar a la casa de campo que su familia poseía desde tiempos inmemorables.

En ese sitio ambos podían estar completamente solos, sin que nadie pudiera darse cuenta de su noviazgo. La princesa entró a la casa, no necesitaba tocar a la puerta, el senador le había dado un par de llaves

para que ella pudiera entrar a su antojo.

Escuchó música clásica en el ambiente, sobre la mesa estaba todo puesto para la cena y encima de esta un hermoso ramo de flores con su nombre escrito en la tarjeta. Se acercó a olerlas, amaba los detalles que él tenía hacia ella. De repente apareció su amado con dos copas y una botella de vino.

Martín dejó las cosas en la mesa y se acercó para besar a la mujer que tanto amaba. Se besaron unos minutos con dulzura, él le tomó su rostro con las dos manos, ella lo abrazó por la cintura. Luego de un par de besos, ambos se separaron, el catedrático tomó una copa, sirvió un poco de vino y se la pasó a Anne, ella la agarró y esperó hasta que su amado se sirvió en la suya, y en seguida brindaron en silencio. Se acomodaron en la mesa y se dispusieron a cenar.

Durante la cena ninguno de los dos dijo nada, la música era todo lo que se escuchaba, Martín sabía que su amada seguía pensando en lo ocurrido con la gitana y que eso le preocupaba demasiado.

- ¿Hablaste con tu padre? – preguntó.

- Sí – contestó – Le conté todo lo que había pasado, pero no dijo casi nada. Solamente comentó que no tenía noticias de un levantamiento, sin embargo estaría alerta. ¿Pudiste hablar con tus conocidos?

- Sí, tampoco sabían nada. Hasta el momento no han visto nada fuera de lo común. Les pedí que en cuanto sepan algo, aunque sea lo más mínimo, me lo hagan del conocimiento.

- Gracias –respondió Anne.

El senador la miró detenidamente, no le gustaba verla así, quería que volviera la chica que conocía. No soportaba que estuviera de esa manera. Haría cualquier cosa para asegurarle que todo estaría bien. Tomó su mano y le dio un beso, ella lo observó y medio sonrió, por más que trataba no podía dejar de pensar en lo otro.

Luego de terminar con la cena, ambos recogieron la mesa y fueron a la cocina para lavar la vajilla. Mientras lo hacían como una pareja normal, Frarraga le platicaba sobre cosas de su trabajo, así ella podría despejar su mente. Cuando finalizaron esta tarea fueron a la sala, en donde bailaron un poco, por unas horas rieron como si nada estuviera a punto de suceder.

Capítulo 5

Capítulo 5

Los confines del infierno

Mientras Anne pasaba un rato agradable con su enamorado, en los confines del infierno se organizaba un levantamiento. El grupo de los rebeldes llevaba años planeando su siguiente paso. Desde que sus antecesores fueron expulsados, aquellas personas arraigaron por muchos años en su corazón un odio inmenso, un odio destructivo, no pararían hasta ver derrocado al monarca y todo lo que él representaba. No importaba si morían en el intento, ni cuántas vidas acabarían en la revuelta.

Alejandro Burgos era el bisnieto del líder de los rebeldes, Amador Burgos, este último había muerto a manos del ejército real en la guerra de la conspiración, y desde el exilio la bisabuela de Alejandro, así como su abuelo juraron vengarse de lo ocurrido. Tres generaciones tardaron en llevar sus planes a la acción. Luego de la muerte de su padre, Alejandro tomó el puesto de líder de la insurrección y bajo su cargo ya estaban listos para cumplir con el juramento. Eran un grupo numeroso, tenían armas suficientes para derrocar lo que quisieran y ahora casi llegaba el momento de salir de su escondite para tomar el control del país.

El grupo rebelde había regresado a Pritige después de más de veinte años en el exilio. Su refugio fue las catacumbas de ese país, muy pocos conocían de su existencia, puesto que los libros de historia decían que estas habían desaparecido por completo durante el transcurso del tiempo, pero la verdad era que los rebeldes se adueñaron de una parte de ellas desde hace más de un siglo.

Alejandro sabía que tenían que moverse rápido, sus informantes dentro de grandes cargos públicos que compartían los ideales de los rebeldes, le comentaron que se había esparcido el rumor de su regreso. Las noticias volaban rápido en la ciudad, así que tenían que ponerse en marcha si esta vez querían ganar la guerra.

La sorpresa era su mejor estrategia, sabía que nadie los vería resurgir, habían esperado demasiados años para que las aguas se calmaran, ahora que nadie los consideraba una amenaza era el momento de atacar.

Ya estaba acordada la fecha y la hora para salir en combate, también tenían organizada la trampa que llevaría al rey fuera de Palacio y cómo lo matarían, lo cual sería un espectáculo inolvidable. Muerto el monarca

tendrían el poder absoluto, se desharían fácilmente de los demás miembros de la familia real, sobre todo de la princesa Anne. Ella era su segundo objetivo, al estar muertos todos por fin podría coronarse como rey de Britania.

La rebelión que inició con su bisabuelo no era porque el pueblo sufriera de opresión o porque las cosas estuvieran mal en el país. La razón verdadera era la avaricia, la codicia, la necesidad de poder que exigía la familia Burgos desde varias generaciones atrás. Querían recuperar lo que creían que les pertenecía, reclamar su derecho al trono.

En algún momento de la historia, la línea de sucesión al trono se había desviado, la familia Moraz que poco tiempo después se convirtió en Burgos, fue quien reinó el país. El rey Carlo II por decisión propia abdicó de la corona, dando paso a que su hermano menor Felipe II se sentara en la silla que por nacimiento le correspondió al mayor. De ahí que los Burgos se sintieran rechazados por la corona, jamás fueron reconocidos como parte de la familia real, siempre serían vistos como los repudiados, como la peste. La abdicación de Carlo II pasó a la historia como el acontecimiento más vergonzoso de la monarquía, sacando definitivamente a sus futuros descendientes.

Luego de la muerte de la familia real, Alejandro sería el único con derecho a reclamar el puesto y pensaba tomarlo a costa de lo que sea, reivindicar la línea de sucesión que se generó tiempo atrás y dar por fin descanso a los suyos. Haría justicia por su propia mano.

- Todo está listo, mi señor – comentó el segundo a bordo de la operación, Manuel Manzano.

- ¡Perfecto! – contestó Alejandro sonriendo – Dile a los demás que se preparen, estamos a punto de entrar en acción.

- ¡Sí, mi señor! – respondió y salió del lugar que Alejandro usaba como oficina.

- Nuestro momento ha llegado – dijo para sí mismo mientras tomaba la foto de su padre – Es tiempo de que el pueblo adore a su nuevo y único rey.

Burgos sabía que su plan tenía una pequeña falla, la cual podría acabar por completo con su operación. El rey debía ser aprehendido fuera del Palacio de Baldovinos, porque si él lograba cruzar esas puertas para refugiarse en su interior, todo estaba perdido para los rebeldes, jamás podrían franquear sus puertas, era un lugar impenetrable, podría resistir ante cualquier guerra, eso lo tenía muy en claro, este pequeño detalle había sido el gran error que cometió su bisabuelo y que le provocó su muerte. Él no estaba dispuesto a realizar el mismo error, aquel Palacio fue construido para defenderse por años sin verse desprotegido, era más

resistente que la misma muralla china.

Luego de la conversación con su padre, Anne no había vuelto a verlo, siempre estaba ocupado, ahora más que antes. No le parecía extraño perderlo de vista por un par de días, así era el trabajo del monarca y sabía que ella en algún momento haría lo mismo.

Inmersa en sus compromisos reales dejó de lado el temor de la guerra, aunque claro, sentía que esta estaba por llegar. No sabía cuándo, ni cómo, pero llegaría. La princesa comprendía que ella ya había hecho su parte, lo único que podía hacer fue advertir al rey de la amenaza que se venía en camino, ahora todo estaba en sus manos.

Capítulo 6

Capítulo 6

Cuatro días antes

Había pasado un día más y hasta el momento se veía todo tranquilo. Anne pensó que tal vez había exagerado con respecto a lo de la gitana, sin embargo seguía sintiendo en lo profundo de su interior que era cierto.

Volvió a la Explanada de los Fundadores para hablar con aquella mujer, a pesar de ello no la encontró. Estuvo por un buen rato buscándola, sin mucho éxito, lo único que pudo averiguar fue que su nombre era Esmeralda, y que desde varios días atrás ya no había vuelto a ese lugar.

Luego de varias horas de búsqueda decidió hacer una visita rápida a Martín al Edificio de Maltas. Aunque lo había visto la noche anterior, deseaba verlo otra vez. Compró un par de cafés, así como las galletas que tanto les gustaban a los dos, y se dirigió hacia la Cámara de los Comunes.

Mientras caminaba rumbo a la oficina de Martín, admiró la elegancia y la belleza del edificio. No podía entender cómo la gran cantidad de personas que entraban y salían de aquel recinto, no se dieran unos cuantos minutos para contemplar el hermoso mural que estaba pintado sobre el techo.

La Constitución de Pritige abarcaba casi todo el espacio, a los lados se encontraban las figuras de los hombres y mujeres que la habían creado. Sobre la pared izquierda se representó algunas imágenes de la Guerra del Inicio, la primera guerra del país, y de la cual tuvo como resultado dicha constitución. En la pared derecha se pintaron personas conviviendo en paz.

Siguió caminando hasta llegar a la gran escalera de mármol que llevaba al segundo piso. Al terminar de subirla, dio vuelta a la derecha y se metió por un pasillo. Las personas seguían trabajando como si nada pasara. No se dieron cuenta de su presencia, siempre estaban muy ocupados.

Volvió a dar vuelta, pero esta vez a la izquierda, a lo lejos podía ver el final del pasillo y con este la oficina de Martín. Acababa de tomar el corredor que conducía hacia el amor de su vida cuando vio de frente al Comandante General, Ronel Martí. Anne se pegó junto a la pared de la izquierda, para su fortuna el pasillo estaba demasiado ancho y lleno de gente, lo suficiente para esconderse entre la multitud. El comandante pasó a su lado sin verla, la princesa esperó hasta que él dio vuelta y

estuvo fuera de su vista para continuar con su camino.

Se recargó un poco en la pared, suspiró, había estado muy cerca de que la descubriera, y no cualquier persona, el Comandante era el mejor amigo de su padre, y el padrino de esta. Miró hacia donde había visto por última vez a Ronel Martí dar vuelta, luego observó el final del pasillo al otro lado. Meditó por unos segundos, no entendía qué estaba haciendo él ahí, no compartía los ideales de la gente que trabajaba en aquel edificio, siempre le costó acompañar a su padre a los eventos protocolarios que se realizaban en ese lugar. Hasta donde ella sabía, el jefe de las fuerzas armadas de Pritige no podía poner ni un pie en la Cámara de los Comunes por sí mismo.

Pero lo que más le extrañó fue verlo en ese corredor, aunque había varias oficinas en el mismo, la única importante era la del senador Martín Frarraga. No entendía qué estaba pasando. Por un momento su corazón se aceleró, ¿y si había descubierto su noviazgo con el senador y fue a confrontarlo?

Anne reaccionó y caminó deprisa hasta que llegó al escritorio de la secretaria de Martín. Rose se encontraba algo apurada, al parecer estaba buscando con desesperación algo que su jefe le había pedido.

- ¡Hola, Rose! – saludó Anne.

Rose brincó asustada, no había escuchado a Anne llegar. Volteo para verla con cara de pánico y luego se relajó un poco, su salvación acababa de llegar.

- Su real alteza, no la escuché llegar – se disculpó.

- ¿Todo bien? – preguntó la princesa.

- La verdad no – contestó la secretaria dando un suspiro – Hoy el senador no se encuentra de buen humor.

- ¿Te puedo ayudar en algo? – se ofreció Anne.

Rose volvió a suspirar, le encantaba hablar con la princesa Anne, ella tenía algo que hacía que la tranquilidad volviera, por alguna razón su jefe había caído rendido ante sus encantos. La secretaria conocía muy bien el secreto de ambos y lo guardaba con recelo. Rose había estado en los malos tiempos del senador cuando este había perdido a su esposa, quien fue una mujer extraordinaria, y por esa razón comprendía lo importante que era la heredera al trono para él.

Luego del fallecimiento de la esposa del senador, por más de que ella le había insistido a su jefe para que tratara de salir y conociera a otra mujer con quien ser feliz, él siempre se negó a hacerlo. Rose era una confidente para Martín, le tenía un especial cariño y ella también lo estimaba mucho,

aunque había instantes en que quería ahorcarlo como aquel día.

La secretaria se dio cuenta de inmediato de que su jefe se había vuelto a enamorar cuando lo vio llegar con una sonrisa que tenía años que no aparecía. Ella se emocionó tanto por lo que ocurría que hasta se atrevió a darle consejos para conquistar a su enamorada. Al principio no conocía la identidad de aquella mujer, pues el senador sólo se limitaba a decir que su relación era complicada, que la mujer a la que amaba se encontraba fuera de su alcance, y por lo tanto prohibida para él. Rose pensó que tal vez estaba casada y por eso se complicaba todo, pero con el transcurso del tiempo supo que la mujer por la que Martín llegaba a suspirar y mandar flores, que la misma asistente encargaba, pertenecía a la familia real, y que se trataba ni más ni menos de la heredera al trono.

A Rose le parecía una bonita historia de amor el romance entre su jefe y la futura reina de Pritige. A tal grado de que se había encargado de que pudieran verse en secreto los enamorados, y soñaba con el día en que no tendrían que esconderse para ser felices.

Muy pocas veces la princesa Anne se atrevía a visitarlo a la Cámara de los Comunes, por eso en ese momento que la vio parada enfrente de ella, sabía que su día mejoraría, si existía alguien en este planeta que podía hacer cambiar de humor para bien a su jefe, era su enamorada.

- Le avisaré al senador que se encuentra aquí – dijo la secretaria – Aunque le advierto que está histérico debido a una visita que tuvo hace algunos minutos.

- ¿La del Comandante General? – preguntó Anne.

Rose la miró sorprendida.

- Lo sé porque lo vi salir de aquí – continuó la princesa.

Ella asintió con la cabeza y se acercó a Anne.

- No sé qué fue lo que pasó – comentó en voz baja – Lo único que puedo decir es que llegaron hasta los gritos. Duraron como diez minutos discutiendo y el Comandante General salió aventando la puerta muy molesto. El senador estaba como loco, jamás lo había visto así.

La chica se quedó pensativa, Rose se acercó al teléfono y marcó a la extensión de su jefe.

- Senador, está aquí su real alteza, la princesa Anne – dijo la secretaria – Claro, en seguida la hago pasar – colgó.

Rose le hizo una señal para que la acompañara a la puerta, cuando llegaron a esta, la secretaria la abrió, la dejó entrar y la cerró en cuanto

ella ya se encontraba en el interior.

Martín estaba sentado en su silla detrás del escritorio, al ver a Anne suspiró y sus ojos se iluminaron, amaba la forma en que la chica ponía en equilibrio su mundo con su sola presencia. Él se levantó y ella caminó hacia su enamorado.

Se dieron un beso de saludo y Frarraga le acercó una de las sillas ubicadas enfrente de su escritorio para que se sentara, la princesa le entregó un café junto con la bolsa de las galletas. Luego de agarrar las cosas, el senador se recargó en una esquina del escritorio delante de ella. Tomó un sorbo de su bebida.

- Gracias por venir – dijo Martín – No sabes lo bien que me sienta tu visita en este momento.
- ¿Pasa algo? – preguntó Anne.
- Nada importante – mintió.
- ¿Tiene que ver con la visita que te hizo el Comandante General? – le cuestionó mirándolo fijamente.

Martín tragó saliva, ¿cómo sabía ella de eso?

- Lo acabo de ver salir de tu oficina – comentó la chica para aclarar las dudas del senador.
- Sí – confirmó – Tuve una reunión algo acalorada con él, pero eso no importa ahora.
- ¿Fue sobre nosotros? ¿Ya sabe sobre nuestra relación?
- No, no fue sobre nosotros – respondió de inmediato – No tiene ni una sospecha de eso.

La princesa respiró hondo, ya tranquila.

- Entonces, ¿qué fue lo que pasó? – vio que el labio inferior de Martín se torció como un gesto de molestia – Claro, si es que se puede saber.
- Fue por un tema mal intencionado, falta de comunicación – contestó por fin sin muchas ganas – No quiero entrar en detalles, pero ambos chocamos sobre algunas ideas. Él es muy conservador...
- ... Y tú eres muy liberal – continuó Anne.
- Así es – prosiguió el catedrático – Sabes muy bien que ambos no nos llevamos bien, tenemos ideas opuestas, por eso siempre tengo problemas con él – suspiró hondo – Sabes que me encantan tus visitas, pero ¿puedo preguntar la causa de esta?
- Solamente quería estar contigo – respondió la chica – Tenía muchas ganas de verte.

El rostro se le iluminó por completo a Martín, se acercó a ella y volvió a besarla, esta vez con urgencia. La heredera al trono se abalanzó sobre él, se besaron por unos minutos hasta que sonó el teléfono de la oficina.

Frarraga sin muchas ganas se separó de Anne y contestó.

- ¿Sí, Rose? – miró su reloj de mano – Claro, ya voy para allá – colgó – Tengo que irme, me están esperando para una reunión.
- Sí, lo siento – se paró de prisa Anne.

Martín la tomó de la cintura y la volvió a besar. Ella se alejó un poco.

- Tienes que irte – le recordó.
- Es cierto.
- ¿Nos vemos hoy? – preguntó ilusionada la princesa.
- Hoy no puedo – se disculpó el senador – Me quedaré hasta tarde a trabajar.
- Entonces te veo luego.
- Claro.

Ambos se tomaron de la mano mirándose como dos adolescentes embelesados, cuando de repente se escuchó un sonido estrepitoso, era la alarma de incendios la que causaba tremendo alboroto. Martín inmediatamente agarró con fuerza a la chica, la jaló para que caminara ya que esta entró en estado de pánico y salieron al pasillo. El edificio era todo un caos, la gente corría y empujaba a las otras para salir. Anne se dio cuenta de que Rose ya no estaba en su lugar y siguió a Martín de la mano hasta la calle. Durante el camino Frarraga trataba de protegerla para que nadie le hiciera daño por la histeria colectiva que se había armado, sostenía su mano con firmeza, lo único que le importaba era sacarla de ahí y que estuviera a salvo.

Cuando estuvieron por fin en el exterior, se unieron a la multitud que había evacuado del Edificio de Maltas y que se encontraba sobre la Explanada de los Fundadores. El senador se metió entre la gente y en un pequeño espacio se detuvo, colocó a su enamorada a su lado y soltó su mano, en seguida la miró de reojo para comprobar que estaba bien.

Anne trataba de contener el pánico que se había apoderado de su interior, sino hubiera sido por Martín, quizás ella seguiría dentro. Tenía borroso en su mente el camino al exterior, lo único que se le quedó grabado fue el caos que inundó el ambiente durante esos minutos.

Unos golpecitos en su hombro la regresaron a la realidad, volteo a ver a Martín.

- Debes irte – dijo en voz baja – En este momento nadie te pondrá atención.

Ella asintió con la cabeza y dio media vuelta en dirección al Palacio de Baldovinos.

Capítulo 7

Capítulo 7

La Trinidad Igualitaria

En la mañana siguiente las noticias acaparaban el suceso ocurrido en la Cámara de los Comunes, oficialmente se reveló que por accidente alguien había presionado la alarma de incendios.

Esta versión no la creía por completo Anne y aunque una noche antes por llamada telefónica Martín le dijo lo mismo, había algo que le causaba ruido. No sabía qué era, pero estaba ahí. Por su cabeza pasó que tal vez estuviera relacionado con la predicción de la gitana, a pesar de ello no lo reveló a nadie.

Desistió en la búsqueda de la gitana, no obstante estaría alerta, presentía que pronto iba a suceder algo. Luchó con todas sus fuerzas para comportarse normalmente. Ese día no pudo comentar lo sucedido en el Edificio de Maltas con su padre pues no lo vio en el desayuno.

Anne se dirigió hasta la Biblioteca del Edificio de Justicia, sede de la Cámara de Justicia, al día siguiente tenía agendado un compromiso en su patronato sobre los derechos de las mujeres y tenía un discurso que terminar de redactar. Nunca le había gustado que le escribieran lo que diría en sus eventos, por eso ella misma los elaboraba y pedía una opinión a Martín.

Alfonso, el mejor amigo de Anne pasó por la chica para acompañarla a aquel lugar. Se estacionaron cerca del edificio y caminaron hasta la puerta principal. Al entrar lo primero que pudieron ver fue el gran mural que embellecía esta construcción, la cual se pintó sobre la pared de enfrente. Themis, la diosa de la justicia se veía grandiosa, debajo de ella en forma de herradura estaban las figuras de once personas que representaban los once magistrados y magistradas de la Cámara de Justicia.

El mural era completamente majestuoso, igual al que se localizaba en la Cámara de los Comunes, su semejanza en los trazos y colores radicaba en que ambos fueron pintados por el mismo artista.

Luego de observar la belleza interior de aquel edificio, los dos se dirigieron a la biblioteca que se ubicaba en la planta baja.

Se acomodaron en uno de los privados y fueron en busca del material que necesitaban. Mientras Anne pasaba por el pasillo de la sección de historia,

encontró un libro que le llamó la atención. Lo tomó del estante, era uno sobre la historia del edificio en donde se encontraba.

Lo abrió, leyó unas cuantas páginas. Por un momento quedó absorta en la lectura. Conocía la historia de su país, como futura heredera al trono, tenía como obligación conocer todo lo relacionado con Pritige. En una de las hojas vio un pequeño dibujo que mostraba al Palacio de Baldovinos, la Explanada de los Fundadores y el Edificio de Maltas. Del otro lado de ellos se ubicaba el Edificio de Justicia, los tres edificios estaban encerrados dentro de un triángulo, con el edificio sede de los magistrados en la punta.

Descubrió que el mismo arquitecto había diseñado los tres edificios, y la forma en que estaban construidos y esparcidos por la ciudad tenía una razón. Todos conformaban la Trinidad Igualitaria. Recordó que una vez su padre y el senador Frarraga le habían explicado esto. Se les llamaba la Trinidad Igualitaria a las tres edificaciones sede de los poderes del país. Los tres gobernaban por igual, aunque existía la monarquía, el poder no recaía solamente en esta, sino que se repartía entre los senadores y los magistrados. Cada uno tenía una función en especial, ninguno podía meterse en temas del otro. Esta conformación garantizaba que nadie pudiera quedarse con el poder absoluto.

Esta organización apareció por primera vez en la Constitución después de la guerra del inicio, ocasionada porque el monarca en turno abusó de sus poderes como rey. A pesar de que el cargo del monarca era impuesto por derecho de nacimiento, los senadores y magistrados son electos por el pueblo cada ocho años.

Para dar cabal cumplimiento a la Constitución, se contrató a un arquitecto que pudiera hacer realidad la Trinidad Igualitaria.

Uno de los candidatos de nombre José Mosqueda presentó este proyecto y fue aceptado inmediatamente. La ubicación de los edificios de los tres poderes estarían basados en un triángulo equilátero, esta figura representaba la igualdad ya que todos sus lados miden lo mismo.

Para conformar el triángulo el punto de partida fue la Explanada de los Fundadores como base central, se decidió que a los lados se construirían el Palacio de Baldovinos, sede de la monarquía y del otro extremo el Edificio de Maltas, sede de la Cámara de los Comunes. El Edificio de Justicia se construiría en el pico del triángulo.

Anne recorrió las páginas de ese libro y encontró otra cosa que le interesó. Se decía que cuando se construyeron dichos edificios, se crearon unos pasadizos subterráneos que los conectaba y terminaba por unirlos en las catacumbas debajo de la Explanada de los Fundadores, en donde se dio sepultura a los veintitrés creadores del país. Sin embargo, luego de la

guerra de la conspiración, estos corredores fueron sellados y en la actualidad se desconocía su entrada.

Sin querer la princesa pasó las hojas rápidamente y se cerró el libro. Lo abrió de nuevo, pero esta vez de atrás para adelante y descubrió algo extraño, en la tapa inferior del libro había un sello de cera en color tinto con el escudo de la Cámara de Justicia.

Con los dedos lo rozó, sintió que esa parte del libro estaba abultado, como si guardara una cosa en su interior. Quiso abrirlo, no obstante en ese momento apareció una señora mayor que trabajaba en la biblioteca.

- ¿Está buscando algo en especial? – preguntó la señora.
- No, ya encontré lo que necesitaba – respondió de inmediato cerrando el libro discretamente.

La señora asintió con la cabeza y en seguida de esbozar una sonrisa, se retiró.

Anne tocó la portada del libro, de repente su instinto le ordenó que lo escondiera, no sabía por qué pero ella obedeció. Lo acomodó detrás de otros de historia y luego de percatarse de que no se veía, emprendió el camino hacia el privado en el que compartía con Alfonso.

Cuando llegó con su amigo, seguía pensando en el libro. Alfonso la miró por unos segundos.

- ¿Sucede algo? – preguntó el chico.
- No, todo está bien – mintió.
- ¿Segura? – insistió.
- Completamente segura – respondió.

En ese instante sonó la alarma de incendios, ambos se miraron perplejos. Alfonso reaccionó primero y tomó a Anne de la mano para empujarla a la calle, nuevamente la princesa vio caos en el edificio. Gente corriendo y gritando, desesperada por llegar al exterior.

Al estar a salvo en la calle, Alfonso se detuvo para respirar hondo, había sido toda una proeza salir de ese lugar, a pesar de ello lo importante es que lo habían logrado.

Anne estaba confundida, observó a su alrededor, se le hizo mucho más que una simple coincidencia que la historia del día anterior en el Edificio de Maltas se repitiera en la Cámara de Justicia.

Mientras miraba a su alrededor, vio algo que captó su atención. Un hombre con capucha negra observaba en su dirección y luego se retiró,

dirigiéndose en sentido contrario al que estaban. Lo siguió con la mirada, presentía que las cosas no iba bien.

Capítulo 8

Capítulo 8

Dos días antes

Después del incidente en el Edificio de Justicia, para Anne algo estaba mal, esperaba que al día siguiente sucedieran situaciones similares, pero ahora en Palacio de Baldovinos. Con este se cumplirían acontecimientos raros en la Trinidad Igualitaria.

Muy temprano se levantó y buscó a su padre, sin embargo nuevamente no se encontraba en Palacio. Tenía que contarle lo que ocurría, de alguna forma presentía que los sucesos tenían que ver con los rebeldes, todavía no sabía cómo se conectaban, aun así en el fondo tenía claro que no eran hechos aislados.

Su padre no era el único desaparecido, Martín también había estado muy ocupado, no se habían visto desde el desalojo del Edificio de Maltas. Aunque necesitaba con urgencia estar con él, respetaba sus tiempos, comprendía que su trabajo era importante, así que esperó con ansias locas encontrarse con el amor de su vida pronto.

Estuvieron en contacto por mensajes y llamadas telefónicas, y propusieron juntarse ese mismo sábado, en el lugar de siempre, a la misma hora. Anne pedía con desesperación que terminara la semana para estar con el senador.

Agradecía que ese día tenía un compromiso al medio día, era la conmemoración sobre los derechos de las mujeres. El evento sería en la Biblioteca Pública del Estado. Daría un discurso y en uno de los jardines conviviría con personas que luchaban por esa misma causa.

Fue un evento maravilloso, una de las cosas que tanto le gustaba de su trabajo como miembro de la familia real era apoyar a los patronatos y grupos que luchaban diariamente por un mejor país, por un mundo mejor.

Luego de su discurso, platicó con miembros de organizaciones sobre los derechos de las mujeres. Fue un momento agradable. Cuando terminó el evento en vez de dirigirse hacia el Palacio se quedó con la Directora de la Biblioteca, quien le daría una visita guiada especial.

El edificio de la Biblioteca Pública del Estado se localizaba del lado opuesto del Palacio de Justicia, al otro lado de la ciudad. Durante el recorrido la

princesa Anne admiró la arquitectura del recinto. En los muros del sitio se podían apreciar pinturas que contaban la historia de Pritige.

Nadie sabía que la heredera al trono todavía seguía en la biblioteca, pues ya habían pasado dos horas después de terminarse su evento. Solamente tomaban el tour Anne, su asistente Olga y la directora de la biblioteca Marcela.

Al llegar al vestíbulo las tres se quedaron admirando el maravilloso mural. En este se podía apreciar los edificios que conformaban la Trinidad Igualitaria, ese era otro de los murales que tanto le encantaban a la chica. En cada uno de los edificios sedes de los poderes del país contenía un mural que reflejaba las funciones de dicho lugar. Únicamente en la Biblioteca Pública del Estado existía uno que contenía los tres, así como otros puntos que han sido parte importante del país como la Catedral de San Lorenzo, el Cementerio de Monte Blu, la Plaza de la Esperanza y la misma biblioteca.

Mientras las tres discutían sobre el mural, un sonido las sacó de su plática, era la alarma de sismos que ahora los hacía evacuar, ante el pánico que se apoderó de Anne, Olga le comentó que se trataba de un simulacro. Marcela le contó que cada año en ese mismo día, la biblioteca realizaba ese tipo de eventos en conmemoración del sismo que azotó a la ciudad hacía más de cincuenta años. La princesa se tranquilizó y siguió ordenadamente las indicaciones de la directora.

Esta vez pudo ver orden en la salida de las personas. Suspiró hondo, no era uno más de los acontecimientos extraños que pasaron en los otros dos edificios. De hecho esperaba que el siguiente fuera en el Palacio de Baldovinos.

En lo que esperaban afuera de la biblioteca, una sensación indescriptible la hizo revisar a su alrededor. Miró a su derecha y en seguida a la izquierda, a pesar de ello no vio nada extraño, sin querer volteó hacia atrás y pudo ver a un hombre con una capucha negra alejarse de ahí.

Ella lo miró fijamente, entonces una imagen en la capucha le llamó la atención, parecía como una insignia, un símbolo, no supo que representaba, sin embargo le era conocido, lo había visto antes en un libro, trató de recordar mientras veía alejarse al hombre.

Una voz llamándola la despertó de su pensamiento, Olga le anunciaba que podían regresar a la biblioteca para continuar con el recorrido. La princesa asintió con la cabeza y caminó a un lado de la directora, en su mente seguía intentando recordar en dónde había visto aquella insignia.

Tres hombres llegaron a las catacumbas en las cuales se ocultaban los rebeldes aguardando a que llegara el gran día. Alejandro ya los esperaba, en los últimos días no había estado muy feliz, sus planes no estaban saliendo como él quería.

Cuando los tres hombres vestidos con una capucha negra estuvieron frente al líder de los rebeldes se quedaron en silencio.

- ¿Lo encontraron? – preguntó de mala gana Alejandro.
- No – contestó el del medio – No había nada.

Alejandro aventó las cosas que tenía a la mano en el escritorio, los hombres se asustaron, aun así se quedaron quietos. Burgos se puso histérico. Con un movimiento de la mano ordenó que se retiraran, ellos obedecieron enseguida.

De la oscuridad apareció Manuel Manzano.

- ¿Cómo puede ser posible que no hayan encontrado nada? – protestó Alejandro.
- Le dije desde el principio, mi señor, que no era seguro encontrarlos – contestó Manuel.
- La historia cuenta de que existen tres pergaminos esparcidos por la ciudad, que revelan la ubicación de las entradas a las catacumbas de la Explanada de los Fundadores. Necesitamos entrar ahí, y así podré tener el control total.

Alejandro se paró frente a un mapa de la ciudad que estaba colgado en la pared.

- Cada uno de esos pergaminos debía estar en su sede correspondiente. En el Edificio de Maltas, el Edificio de Justicia y la Biblioteca Pública del Estado. Y sin embargo tus inútiles hombres no han podido encontrarlos – golpeó con el puño la pared.
- Tal vez fueron removidos de su sede original y por seguridad los trasladaron al Palacio de Baldovinos.
- ¡Sabes perfectamente que no podemos entrar ahí! – gritó furioso – Por lo menos no hasta matar a Felipe VI.

Manuel aguardó unos minutos en busca de las palabras correctas para decirle a su jefe.

- Entonces, mi señor, esperaremos a derrocar al rey – comentó en espera de una palabra de Alejandro, aun así el líder de los rebeldes no dijo nada – Y cuando se encuentre instalado en el Palacio podremos revisar de pies

a cabeza el lugar hasta encontrarlos.

Alejandro suspiró hondo, Manuel tenía razón, no era momento para perder la cabeza. Matarían a Felipe VI y luego podrían ir en busca de eso que le hacía falta para poder legitimarse y coronarse como rey de Pritige.

Capítulo 9

Capítulo 9

Un día antes

La princesa Anne tuvo un día demasiado ocupado en sus patronatos. Todo su tiempo lo requirió en reuniones sobre el cambio climático, los derechos de los jóvenes, y organizando eventos con el Museo Nacional de Historia para recabar fondos en apoyo a los jóvenes artistas de Pritige.

Durante ese día también se la pasó revisando su celular con desesperación, puesto que no sabía nada de Martín, razón por la cual le había enviado muchos mensajes de los que hasta el momento ninguno tenía respuesta.

Al llegar a Palacio no pudo más con la angustia y decidió marcarle, sin embargo no le contestó la llamada. Suspiró hondo, le extrañó el comportamiento del senador, por más ocupado que pudiera estar siempre se tomaba unos minutos para comunicarse con ella, a pesar de ello esta vez no lo hizo.

Buscó a su padre por vigésima vez, pero como de costumbre en los últimos días, el monarca se encontraba bastante ajetreado con sus asesores. En su corazón no había paz, con cada día que pasaba sentía que algo malo estaba a punto de ocurrir.

Para distraerse un poco se refugió en la biblioteca del Palacio de Baldovinos, luego de encontrar algunos libros que llamaron su atención, se sentó a leer.

Aunque trataba de concentrarse no podía hacerlo, un pensamiento inundaba su mente. Observó a su alrededor, el Palacio siempre era un lugar tranquilo, ningún ruido se podía escuchar, solamente silencio. Repasó los acontecimientos de los días pasados, seguía sin entender lo que había sucedido en los edificios de Maltas y de Justicia. Creía que lo que ocurrió eran atentados organizados por los rebeldes a las sedes de la Trinidad Igualitaria, no obstante ya hacían dos días después de la evacuación del Edificio de la Cámara de Justicia y en Palacio todavía no pasaba nada.

Pensó que tal vez se estaba volviendo paranoica por lo que aquella gitana le dijo. Quizás simplemente habían sido meros accidentes aislados y ella se encaprichó en querer juntarlos. Tenía que entender que a lo mejor no existía tal conspiración, le había dado demasiado crédito a una extraña. Si

realmente estuviera sucediendo algo, su padre y Martín lo sabrían y le hubieran dicho.

Incluso los rumores que siempre se esparcían por el pueblo sobre levantamientos rebeldes cesaron, nadie en la calle ni en los medios de comunicación hablaban del tema. Al parecer se vivía una profunda calma y toda la ciudad continuaba su vida sin temor a una nueva guerra.

Entendió que tenía que hacer lo mismo, dejar de lado sus ideas de conspiración y seguir con su vida. Sin embargo, ¿por qué internamente sentía que algo estaba mal? Racionalmente no tenía ningún motivo para creer en una nueva guerra, aun así sus sentidos luchaban por mantenerse alerta, por no bajar la guardia.

Movió la cabeza para despejarse de aquella idea, tenía que mantenerse con la mente clara, sea lo que fuera a pasar debía estar serena para tomar decisiones, no podía seguir de esa manera, desde pequeña le enseñaron que cuando se convirtiera en reina estaría en la obligación de reaccionar tranquilamente, una monarca histérica no daría confianza al pueblo.

Se levantó del sillón y caminó por los pasillos de la biblioteca, sus pasos no tenían rumbo, solamente se dejaba guiar, sin querer supo que buscaba algo, su mente la llevó por esos corredores por una razón que todavía desconocía. Por un rato continuó caminando en ese laberinto de libros, su mirada se concentraba en observar los estantes, comenzó a preguntarse qué era lo que quería encontrar, comprendió que no lo sabría a ciencia cierta hasta que lo tuviera enfrente.

Luego de mucho tiempo de vagabundear se detuvo, sus ojos se fijaron en un libro determinado, uno color negro, por su apariencia era antiguo, como se encontraba fuera de su alcance, se puso de puntitas para tomarlo, después de mucho batallar pudo agarrarlo de una esquina del lomo y lo jaló. Por el impulso se tambaleó y cayó al suelo, el libro hizo lo mismo estampándose estrepitosamente en el duro y frío piso.

Durante unos minutos se quedó ahí en el suelo escuchando a su alrededor, el gran silencio se extendía por todo el lugar, nadie se percató de lo que sucedió. Se levantó con dificultad, buscó el libro y lo encontró a unos cuantos metros. Se dirigió hacia este y lo agarró.

Miró detenidamente la portada, era muy parecido al libro de historia de la Cámara de Justicia, sin embargo este narraba la historia del Palacio de Baldovinos. Repasó sus páginas rápidamente, al igual que el otro, el que tenía ahora en las manos describía el significado de la Trinidad Igualitaria. Cuando estuvo a punto de cerrar el libro en una página descubrió una marca, en el margen alguien había escrito con tinta roja la interrogante: ¿Dónde? Leyó el párrafo que acontecía a la anotación, hablaba sobre los

pasadizos que unían a las tres sedes de la Trinidad Igualitaria.

De repente se acordó de un detalle que vio en el libro del Edificio de Justicia, fue hasta la parte final y como lo esperaba ahí se encontraba un sello de cera en color tinto, pero esta vez tenía la insignia del Palacio de Baldovinos, el sello del rey. Lo tocó con sus dedos, comprobó que era real.

Hizo memoria un par de minutos, el rey solamente utilizaba ese sello para sellar documentos importantes... confidenciales. Muy pocas veces había visto a su padre usar el suyo.

El ruido de una puerta abrirse la sacó de sus pensamientos, sin entender por qué, escondió aquel libro entre su abrigo. En seguida escuchó una voz a sus espaldas.

- Su real alteza – dijo Olga – Su madre, la reina y el príncipe Christopher la esperan en el comedor para la cena.

La princesa suspiró, aferró a su cuerpo el libro que escondía.

- Gracias, podrías avisarle a mi madre que en unos minutos estaré con ellos.

- Claro, con su permiso – contestó la asistente y se retiró.

Cuando Anne comprobó que estaba totalmente sola, se dirigió deprisa a su habitación, su inconsciente le decía que debía esconder ese libro. Al llegar fue hacia el closet y abrió un cajón secreto, en el que guardaba algunas cosas que Martín le había regalado, nadie conocía la existencia de aquel lugar, como en todo el Palacio, existían sitios secretos que se utilizaban desde los tiempos de sus antecesores.

En cuanto cerró su escondite sintió alivio, sabía que ahí el libro estaría seguro. Después se encaminó hacia el comedor para tomar la cena.

Capítulo 10

Capítulo 10

Promesa

A las ocho de la noche muy poca gente seguía en las instalaciones del Edificio de Maltas. Martín revisaba en su escritorio unos documentos importantes. Rose tenía un par de minutos que se había salido del edificio, así que se encontraba completamente solo.

Revisó su celular, vio los mensajes y llamadas que Anne le había hecho durante todo el día. Suspiró, dejó el teléfono a un costado y siguió con su encomienda.

Cuando menos pensó ya su reloj marcaba las once de la noche. Se quitó los lentes y los puso en el escritorio, con sus dos manos se talló el rostro, estaba totalmente exhausto, su cuerpo le decía que era momento de ir a casa a descansar.

Dejó los documentos esparcidos por toda la mesa. Se levantó, se estiró un poco y tomó su saco del perchero. Mientras se lo acomodaba, alguien tocó a su puerta, Martín volvió a ver la hora, ¿quién podría ser? Pensó que tal vez sería el guardia de seguridad del turno de la noche, este sabía que seguido Martín se quedaba a trabajar hasta tarde y de vez en cuando iba hasta su oficina a preguntarle si necesitaba algo.

- ¡Adelante! – dijo Martín.

La puerta se abrió, un hombre entró y cerró la puerta. Martín guardaba sus cosas en su maletín sin ver todavía a su visita.

- ¡Buenas noches, senador Frarraga! – dijo la persona.

Martín al escuchar aquella voz se quedó paralizado. Abrió mucho los ojos y volteo hacia el hombre del que provenía el saludo. El rey Felipe VI se encontraba frente a él. Ambos se miraron unos segundos en silencio. No entendía qué hacía el monarca en su oficina a esa hora.

Tragó saliva nerviosamente, jamás había estado a solas con el rey. Si bien era cierto habían compartido eventos juntos, ya que la Cámara de los Comunes trabajaba de la mano del monarca y de la Cámara de Justicia, en estas recepciones intercambiaron algunas palabras en público, pero nada más. Solamente uno de los once senadores tenía línea directa con él,

el presidente de los senadores era quien siempre atendía al rey.

No le tenía miedo, aunque ambos tenían ideales totalmente diferentes, Martín lo respetaba, sabía que no era nada fácil ser el rey, pero sobre todo, porque era el padre de la mujer a la que amaba.

El senador lo observó fijamente, se veía muy diferente a la última vez que lo había visto, ahora se veía cansado, como si en los últimos días hubiera envejecido de golpe. Recordó que Anne le comentó que su padre había estado más ocupado de lo normal.

- ¡Buenas noches, su majestad! – contestó Martín - ¿En qué puedo ayudarle? – preguntó.

- Lamento molestarlo a esta hora, sin embargo tenía que hablar con usted de un tema sumamente importante.

Martín asintió con la cabeza y con una mano le ofreció sentarse. El rey movió la suya negativamente.

- No planeo quedarme mucho tiempo, voy a ser claro y conciso.

- Muy bien – respondió el catedrático mientras permanecía de pie.

- Sé sobre su relación con mi hija – soltó de golpe.

El senador quedó impactado, abrió un poco la boca por la sorpresa, sus manos empezaron a temblar por el nerviosismo. Se aclaró la garganta para hablar. El rey le había prometido que sería claro y conciso, pero jamás pensó que sería tan directo.

Cuando Martín abrió la boca para hablar, el monarca levantó una mano para que se detuviera, él obedeció.

- Permítame hablar primero – comentó el rey, y al ver que Martín no dijo nada, continuó – Tengo años sabiendo de su noviazgo con Anne. Déjeme decirle que no estoy de acuerdo con su romance, a pesar de ello no voy a impedirlo.

Farraga volvió a sorprenderse.

- Tiene que saber que lo he investigado – Felipe VI hizo una pausa – He recorrido cada rincón de su pasado y no encontré ninguna razón por la cual alejarlo de ella. Al parecer es una buena persona, senador. Es justo y honorable. Tal vez no coincidamos en algunos temas por su pensamiento liberal, no obstante entiendo el por qué mi hija se ha enamorado de usted.

- Yo amo a Anne – interrumpió Martín – Jamás haría nada que pudiera hacerle daño...

El monarca levantó nuevamente la mano para que se detuviera.

- Lo sé – contestó el rey.

Nuevamente esta respuesta le sorprendió al senador, si el rey no había ido a reclamarle nada o a impedirle seguir con Anne, ¿cuál era el motivo para que se estuviera dando aquella conversación?

Felipe VI guardó silencio, en su mente buscaba las palabras adecuadas para lo que estaba a punto de decir.

- Senador, voy a hacerle una pregunta muy importante y le pido que la conteste con la verdad.

Martín asintió con la cabeza.

- ¿Usted ama demasiado a mi hija como para dar la vida por ella? – lo miró fijamente buscando la respuesta en su rostro.

- Daría mi vida por Anne sin pensarlo – contestó inmediatamente.

Ahora el rey fue quien se sorprendió por la contestación. Revisó el rostro de Martín para encontrar algún gesto de duda, sin embargo comprobó que le había dicho la verdad.

- Ya que he verificado lo que quería – continuó el rey – Quiero hacerle una propuesta. En realidad quiero que me haga una promesa.

- ¿Qué es? – preguntó Martín confundido.

- Quiero que me prometa que si alguna vez llego a faltar, por cualquier circunstancia, usted protegerá a Anne. Cuidará y velará por ella siempre. La ayudará a tomar el puesto que le corresponde como futura reina de Pritige, la asesorará y si es necesario dará su vida para salvarla.

- Lo prometo – contestó Martín sin dudar – Este tranquilo que mientras yo viva, ella estará sana y salva. Y haré todo lo posible para que se corone como reina.

El rey Felipe VI suspiró aliviado, sabía que si existía alguien en ese mundo que cuidaría de su primogénita era aquel hombre que la amaba profundamente.

A pesar de que el Comandante General, Ronel Martí, trató de convencer al monarca para que no dejara en manos del catedrático la vida de su heredera al trono, había algo en él que inspiraba confianza, no tenía la menor duda de que el senador cumpliría con su promesa.

El Comandante General tenía sus dudas respecto a Frarraga, creía que en ese hombre existía una cosa rara, algo malo. El rey pensaba que esto se originaba porque Martín era liberalista y no promulgaba con muchas de las

ideas de la monarquía.

Por esta razón el rey había acudido solo para entrevistarse con el senador. Para que su amigo estuviera un poco tranquilo, Felipe VI le encomendó vigilar a Martín, este se encargaría de que el pretendiente de su hija cumpliera con su palabra.

Los dos hombres se miraron durante unos minutos en un absoluto silencio. Martín pudo ver en el rostro del monarca las mismas facciones de su hija, no cabía duda de que Anne se parecía a su padre. Esperaba que cuando llegara el momento de que se convirtiera en reina, fuera como él. Su entereza, honorabilidad, confianza, simpatía y dedicación al pueblo eran las cosas que el senador admiraba del padre de su enamorada, y estaba completamente seguro de que le ayudaría para que su amada pasara a la historia como la mejor monarca de Pritige.

- Quiero que me prometa una última cosa antes de irme – continuó el rey
– Anne no debe saber jamás de esta conversación.

El catedrático volvió a asentir.

- Gracias por su tiempo, senador - se despidió.

Sin esperar respuesta alguna, Felipe VI dio media vuelta y salió de la oficina. Martín se quedó solo en aquel lugar, no comprendía por qué el rey le hizo prometerle todo eso. Pensó que quizás Anne tenía razón y algo estaba a punto de pasar.

El sonido de notificación de un mensaje lo sacó de sus pensamientos, tomó el celular y lo leyó. Rápidamente agarró sus cosas y salió de su oficina.

Capítulo 11

Capítulo 11

El grupo rebelde

Alejandro Burgos se encontraba en su despacho acomodando los últimos detalles para el gran día. Con el paso de los minutos crecía su emoción, pero sobre todo el hambre de venganza, no podía creer que estaba a punto de hacer lo que su abuelo y su padre habían planeado toda su vida. Esperaba que ellos, en donde quiera que estuvieran, se sintieran orgullosos de él. Había llegado el momento de hacerle pagar a Felipe VI y a toda su familia lo que sus antecesores les hicieron.

Sus informantes en el exterior le acababan de dar luz verde a lo que acontecería al día siguiente. Nadie sospechaba nada, cuando el ejército real quisiera reaccionar, el rey y toda la familia real estarían muertos.

Sonrió con malicia, sacó la pistola que tenía guardada y la revisó nuevamente, comprobó que funcionara adecuadamente. Esa arma sería el verdugo del monarca, con ella él mismo acabaría con la vida de Felipe VI.

- Los hombres están listos, señor – anunció Manuel.

Alejandro caminó hacia la sala común en la cual estaba el grupo rebelde congregado, quienes al verlo llegar, guardaron silencio inmediatamente.

- Mañana se conmemora una vez más la caída de nuestros antepasados en aquella fatídica guerra de la conspiración –empezó su discurso Alejandro en voz alta – Jorge V acabó con la vida de muchos de los rebeldes y mandó al exilio a nuestras familias.

Burgos bajó la cabeza en señal de duelo, todos lo imitaron.

- Por años sufrimos de hambre, de frío y de falta de un hogar propio. Vimos morir a nuestros abuelos y padres quienes se dedicaron toda su vida a planear este levantamiento. Al ser expulsados de nuestro propio país, nuestras familias juraron vengarse de la corona, ninguno de sus descendientes descansaría hasta hacerla cumplir – continuó – Ahora estamos a punto de lograr lo prometido. Si hemos de morir en el campo de batalla, les aseguro que lo haremos con orgullo.

El público rompió en aplausos y gritos de emoción. Alejandro pausó unos segundos su discurso, necesitaba que sus seguidores se llenaran de

esperanza, misma por la que habían luchado muchos años.

- Mañana por la noche, les aseguro – prosiguió, todos volvieron a callar – Tendremos el control del país. Daremos muerte al rey Felipe VI y a su descendencia, y así lograremos la venganza para los nuestros. Ellos por fin podrán descansar en paz, y nosotros reivindicaremos nuestra historia, tendremos el futuro en nuestras manos. Y cuando todos se arrodillen ante mí como el nuevo y absoluto rey de Pritige, nada podrá detenernos.

Los rebeldes volvieron a aplaudir y a gritar con motivación. Su líder los miró desde las alturas. Sonrió, no tenía ni la menor duda de que esta vez ganarían la guerra.

Algo hizo que la princesa Anne despertará de golpe en la madrugada del viernes veinticuatro de abril. Su corazón latía furiosamente, un presentimiento aterrador invadió su cuerpo.

Se levantó de la cama y corrió hasta el despacho de su padre. Al abrir la puerta se dio cuenta de que estaba completamente solo. Se dirigió a la habitación del monarca, sin embargo al entrar comprobó que no había pasado la noche en aquel lugar, ya que la cama seguía tendida.

Con una gran angustia y desesperación buscó a Adrián. Sin anunciarse antes, se precipitó hacia el interior de la habitación del secretario particular.

- ¡Adrián! ¡Despierta! – gritó.

El secretario particular brincó de la cama, aun dormido prendió la lámpara de la mesa de noche.

- ¿Qué sucede, su real alteza? – preguntó.

- ¿Dónde está mi padre? – cuestionó la chica histérica.

- No lo sé, princesa. La última vez que lo vi fue anoche. Lo dejé solo en su despacho como alrededor de las veintidós horas.

- Tengo que encontrarlo y hablar con él – urgió Anne.

Adrián la miró confundido.

- Creo que es el momento de que usted me cuente lo qué está sucediendo – comentó Romero.

Anne suspiró, el hombre tenía razón, si esperaba que le ayudara necesitaba contarle todo, aunque eso significaba romper el secreto que

había prometido guardar a su padre.

La princesa se sentó junto al secretario en la cama, respiró profundo y le reveló lo que había estado ocultado. Adrián la escuchó atentamente sin interrumpirla.

- Presiento que mi padre está en peligro – culminó Anne.

Ambos se quedaron en silencio. Ella miró al asistente de la corona, quien en ese instante observaba hacia el techo pensando. Esperaba que le creyera cada palabra que había dicho, lo deseaba con desesperación. Luego de unos cuantos minutos el secretario se levantó de la cama.

- Si usted está en lo cierto, debemos de encontrar rápidamente al rey para refugiarse en Palacio.

- Entonces, ¿crees en todo lo que te dije? – preguntó sorprendida.

- ¡Claro que le creo! – respondió ofendido por la duda – La conozco desde que nació, la he visto crecer y convertirse en la mujer que es ahora. Nunca dudaré de usted.

Anne sonrió encantada.

- Iré a buscar al rey – comentó Adrián – Usted vaya y trate de localizar al Comandante General y dígame lo que me acaba de decir. No debemos perder ni un minuto.

La princesa asintió, lo abrazó por unos segundos, ante la sorpresa del secretario, y salió dispuesta a cumplir con su encomienda.

Capítulo 12

Capítulo 12

Día cero

Anne daba vueltas por su habitación, acababa de colgar con su padrino, el Comandante General, le había explicado todo. Luego de que ella hablara, Ronel le ordenó a su ahijada que no dijera a nadie más la historia, que llegaría en unos cuantos minutos.

Adrián seguía en búsqueda del monarca. Lo único que se sabía era que el rey había salido sin compañía de Palacio como a las diez y media de la noche y que al parecer regresó entrada la madrugada. Después de eso nadie lo volvió a ver, sin embargo no lo encontraban en ningún lugar del edificio.

Mientras esperaba a la llegada del Comandante, la princesa marcó cientos de veces a Martín, no obstante en ninguna le había contestado. Su ansiedad incrementaba con el paso de las horas.

Cuando se rindió en su afán de comunicarse con su amado, Anne llamó a Alfonso, y sin decirle nada en especial, le pidió que fuera a Palacio de manera urgente.

De repente la puerta de su habitación se abrió de golpe, ella dio un brinco hacia atrás por la sorpresa, Ronel Martí entró en compañía de Adrián.

- ¿Han podido localizar a mi padre? – preguntó angustiada.
- Hasta el momento seguimos sin saber dónde se encuentra – respondió Adrián.
- Lo único que sabemos es que hoy por la mañana el rey recibió una llamada telefónica y luego salió del Palacio sin ser visto por los guardias – dijo Ronel.
- ¿Cómo puede ser que eso haya sucedido? – cuestionó indignada.
- Aún no lo sabemos – contestó Adrián.

Le comenzó a dar vueltas la cabeza a Anne, ¿por qué su padre había hecho eso?

- Seguimos todavía en su búsqueda – comentó el Comandante General – Hasta que lo encontremos tenemos que velar por tu seguridad y la de los demás miembros de la familia real. No deben salir ni tú, ni tu madre o tu

hermano de Palacio. Aquí estarán a salvo.

Anne asintió con la cabeza.

- Anne, tienes que prometerme que por nada ni nadie saldrás de este lugar – sentenció severamente Ronel.

La princesa volvió a asentir sin decir ni una sola palabra.

- En este instante iremos con la reina para explicarle la situación.

Dicho esto ambos salieron de la habitación, la chica se quedó completamente sola. Poco después alguien tocó a su puerta, el príncipe Christopher entraba con cara de pánico. Se sentó en la cama a un lado de su hermana.

- Esto es una locura – dijo por fin Chris.

- Lo sé – contestó Anne.

- No puedo creer que esté pasando esto – continuó el príncipe - ¿Crees que papá estará bien? – preguntó preocupado.

- No lo sé. Espero que sí.

Los hermanos se quedaron en silencio, albergaban en lo profundo de su corazón, que lo que estaba pasando, fuera solo una horrible pesadilla de la cual despertarían pronto.

Su silencio fue interrumpido nuevamente por el ruido de la puerta. Los dos se pararon de la cama, esperando que la persona que entrara fuera su padre. Sin embargo Alfonso fue quien apareció en ella. Los miró confundido, mientras caminaba por Palacio con rumbo a la habitación de Anne, vio gente corriendo por los pasillos, jamás había pasado por algo así, por lo general ese lugar era tranquilo, pero ahora se podía sentir el ambiente pesado, pensó que lo que dominaba el aire era una mezcla de desesperación y miedo.

La princesa le contó a su mejor amigo lo que sucedía. Luego de terminar el relato, los tres se quedaron sentados en la cama en silencio, en espera de noticias.

Pasaban rápidamente las horas, nadie les decía qué es lo que ocurría. Lo único que pudieron enterarse era que la reina había entrado en un estado de conmoción, a tal grado que tuvieron que suministrarle un calmante y ahora se encontraba completamente dormida, noqueada por el medicamento.

Adrián y Ronel Martí estuvieron ese tiempo encerrados en el despacho del rey. En Palacio reinaba el caos. Los tres chicos estaban inquietos, nadie se había acercado a ellos para actualizarlos en las noticias, ni siquiera sabían

si ya habían encontrado al monarca.

Anne trataba de contener la calma, no podía perder la cabeza en aquella situación. Insistía frenéticamente en las llamadas al celular de Martín, a pesar de ello este seguía sin contestarle.

En ese instante necesitaba con urgencia al senador, requería abrazarlo y que con sus dulces palabras le dijera que todo estaría bien.

Después de un largo rato, sonó el celular de la princesa, quien inmediatamente respondió.

- Martín, tengo muchas horas marcándote – contestó furiosamente la chica.
- Lo siento, olvidé que dejé el celular en silencio – se disculpó – ¿Qué es lo que ocurre?

Anne cerró los ojos, respiró hondo y volvió a contar todo de nuevo, se estaba hartando de repetir la historia una y otra vez. Ambos se quedaron unos minutos en silencio, Martín meditaba lo que acababa de escuchar.

- ¿Tienen noticias del rey? – preguntó el catedrático.
- No, aun no. Nadie nos dice nada –refunfuñó la chica.
- Bien. Lo primero que quiero que hagas es que te tranquilices. Te necesito serena para que puedas pensar con claridad – comentó Martín – Estoy saliendo del Edificio de Justicia de una reunión. Voy a ir a la Cámara de los Comunes para ver qué puedo averiguar. Te veo a las seis de la tarde en Palacio.
- Gracias – respondió tranquilamente.
- ¿Anne?
- ¿Sí?
- Quiero que me escuches claramente. No quiero que salgas por nada de Palacio. Quiero que te quedes en ese lugar hasta que yo llegue. ¿Lo entiendes?
- Sí, lo haré.
- Muy bien, por cierto... - dijo el senador – Quiero que recuerdes que te amo.

Ella suspiró, escuchar aquella voz dulce decirle que la amaba era lo que le hacía falta para poner un poco en orden su vida.

- Yo también te amo – contestó Anne. Colgaron.

Capítulo 13

Capítulo 13

Levantamiento

Por las calles de Pritige todo estaba en calma, pero era ese tipo de calma que se siente antes de una gran tormenta. El pueblo no comprendía qué pasaba, el aire de la ciudad se había impregnado de miedo.

Todos presentían que algo iba a ocurrir, así que durante el atardecer las calles de la metrópoli se encontraban desiertas. El cielo se oscureció con nubes negras, como presagio de lo que vendría.

Mientras en Palacio seguían buscando al rey Felipe VI, una puerta secreta se abrió en el Cementerio de Monte Blu. De aquel lugar comenzaron a salir uno a uno los miembros del grupo rebelde. Totalmente armados y con capuchas negras grabadas con la insignia de la insurrección se desplazaron por las calles de la ciudad.

Alejandro Burgos fue el último en salir junto con Manuel Manzano. La operación estaba en acción, ahora tenía que confiar en el éxito de su plan.

El grupo rebelde se desplazaba por las calles, instaba a los ciudadanos a regresar a sus casas, si alguno de ellos se negaba lo acribillaban en ese momento.

Cuando el Comandante General se enteró de la invasión ya era demasiado tarde, el grupo rebelde ya se hallaba por cada rincón de la ciudad. Ahora tenía dos graves problemas, empezaría la guerra sin lugar a dudas, sin embargo aún no encontraba al rey. Rezó porque en ese instante Felipe VI no hubiera caído en manos enemigas.

Reunió a su personal para planear la estrategia de contraataque, sin olvidar que el Palacio de Baldovinos era prioridad número uno. Decidieron pausar la búsqueda del rey, ahora darían la mayor de las protecciones a la princesa Anne, heredera al trono.

El sol caía lentamente, Alejandro Burgos y un equipo del grupo rebelde vieron a lo lejos el Palacio de Baldovinos. El líder de la invasión sonrió, pronto ese edificio y todo lo que significaba sería suyo. No obstante antes tenía que hacer algo más importante para dar el paso del asalto a la sede

de la monarquía, no debía avorarse, todo estaba saliendo de acuerdo con sus planes.

Todavía había algunos rayos de sol en el cielo cuando los disparos llenaron las calles de Pritige. El contraataque empezaba, guardias reales salieron de su base para dominar a los invasores. Rápidamente la ciudad se inundó de sangre y cuerpos sin vida.

Desde el interior del Palacio de Baldovinos se podía escuchar el ruido de la guerra en el exterior. Anne, Alfonso y Christopher cerraban los ojos ante cada disparo, lo peor había iniciado, ahora tendrían que esperar a que el ejército real fuera más poderoso que los rebeldes.

Anne no dejaba de pensar en las personas inocentes que estaban afuera, en el terror que estarían viviendo, sobre todo pensó en su padre y en Martín que se encontraban allá, en pleno escenario de la desgracia. Rezó pidiendo que ambos llegaran a Palacio sanos y salvos.

El Comandante General daba órdenes de ataque, su ejército estaba siendo superado por el grupo rebelde. Martí se encontraba dispuesto a llegar hasta las últimas consecuencias para proteger a la ciudad que amaba, a la que había jurado al rey proteger, si fuera necesario daría su vida para lograrlo.

Si hubiera sido por él, estaría en ese momento en la calle combatiendo junto con sus soldados. No le daba miedo salir al campo de batalla, había luchado por muchos años en el ejército. No obstante no podía hacerlo, tenía que quedarse en Palacio cuidando a la familia real, era su deber como amigo de la familia procurar por ellos, tenía que estar ahí por si era necesario ordenar su escape a un lugar seguro.

Maldijo para sí mismo, la guerra ya iniciaba y ese tal senador Martín Farraga todavía no aparecía para cumplir con la promesa que le hizo al rey. Por el bien de él esperaba que su retraso fuera porque no podía llegar a Palacio por los rebeldes, ya sea porque estaba preso, o incluso porque había muerto en su camino hacia la princesa Anne.

Gruñó, sabía que Felipe no debió de haber confiado en ese liberalista. Lo más probable, creía, era que este había salido corriendo de la ciudad para salvar su vida, dejando atrás a la mujer que supuestamente amaba.

No importaba, el Comandante se encargaría de hacer lo que el otro había prometido. Tal vez el corazón de Anne se rompiera en mil pedazos, pero sabía que ella saldría adelante, porque el amor que esta le profesaba a su

país era mucho más grande del que sentía por aquel hombre.

De repente los disparos pararon, la gente estaba confundida, no sabían el motivo por el cual sucedía aquello. Uno de los guardias entró corriendo al Palacio hacia el Comandante General, llevaba una noticia urgente.

Abrieron inmediatamente las puertas para que este pudiera entrar, Ronel lo interceptó a la mitad del camino.

- Comandante, tengo noticias del rey – comentó en cuanto lo tuvo enfrente.

Todos alrededor se paralizaron, nadie se movía ni hacía ni un ruido.

- El rey ha caído en manos de los rebeldes. Estos han parado el ataque porque ejecutarán al monarca enfrente del pueblo. Lo matarán en la Explanada de los Fundadores.

Marté gritó órdenes para que fueran en su rescate, pero el guardia volvió a hablar.

- Los rebeldes han sitiado la explanada, es imposible traspasarlos sin herir a la gente del pueblo. Han sacado a las personas de sus casas para que vean el espectáculo.

Ronel golpeó la pared, se sentía inútil, no podía hacer nada para salvar al rey sin que inocentes salieran heridos. Sabía que Felipe VI no permitiría que fueran en su rescate si eso significaba la muerte de la gente del pueblo.

Tristemente se dio cuenta de que no había otra opción, luego del ejecutamiento del rey y esperando que los ciudadanos pudieran regresar a sus casas, volverían al ataque, mientras tanto aprovecharían que los enemigos estarían ocupados con el espectáculo para sacar a la familia real del Palacio y llevarlos a un lugar seguro.

Capítulo 14

Capítulo 14

La caída del rey

Anne, Christopher y Alfonso se dieron cuenta del paro al fuego, no entendían que sucedía allá afuera. La princesa estaba desesperada, ya eran más de las seis de la tarde, hora en la que Martín había prometido llegar a Palacio. Marcó a su celular, pero su llamada fue enviada directo a buzón, como si estuviera apagado. Comenzó a pensar lo peor, tal vez a esa hora su padre ya estaba muerto y ella no había podido hacer nada, en cambio todavía podía salvar a Martín.

Comprendió tristemente que quizás ya había perdido a su padre y no estaba dispuesta a perder al amor de su vida. Ahora que por alguna extraña razón se detuvo por unos minutos la guerra, aprovecharía para salir en busca del senador. Se levantó de prisa y caminó hacia la puerta.

- ¿A dónde vas? – quiso saber Christopher.
- Tengo que salir de Palacio a buscar a alguien – contestó sin mirar a su hermano.
- El Comandante dijo que no debes salir de aquí – replicó el príncipe levantándose.

Anne no hizo caso a sus palabras y abrió la puerta.

- Yo te acompaño – dijo de pronto Alfonso.

La princesa lo miró. No quería poner en peligro la vida de su mejor amigo.

- Necesitaras ayuda para regresar al Palacio – continuó Alfonso – Voy a ir contigo y no es tu decisión.

La chica asintió, su amigo tenía razón.

- ¡Están locos! – gritó Chris histérico – Allá afuera hay una guerra, podrían morir antes de llegar a su destino.
- ¡No me importa! – manifestó contundente su hermana – Podría ser que nuestro padre, el rey, ya esté muerto. Aun así allá afuera hay todavía una persona a la que amo y no pienso perderlo también.
- ¿Y qué voy a hacer yo? – cuestionó enojado Chris.
- Te quedarás aquí hasta que yo vuelva.
- ¿Y si no regresas? – preguntó con miedo el príncipe.

- Entonces te encargarás que al terminar esta guerra, se instaure nuevamente la monarquía y te convertirás en el mejor rey que haya tenido en su historia este país. Deberás ser mejor que nuestro padre.

Los tres guardaron silencio. Christopher miró a su hermana, su rostro reflejaba en ese momento las mismas facciones que su padre hacía cuando se trataba de temas importantes para el país. Suspiró hondo, no podía dejarlos ir solos. Si alguien tenía que morir, tendría que ser él, la heredera al trono tenía que sobrevivir a cualquier costo.

- Iré con ustedes – respondió luego de varios segundos el joven príncipe.
- Te quedarás en Palacio – ordenó Anne.
- Podrás ser la heredera al trono, pero mientras no se haga oficial la muerte de nuestro padre, todavía no eres reina y no estoy obligado a seguir tus órdenes – replicó decidido su hermano – A parte ninguno de ustedes sabe usar un arma, ¿cómo esperan regresar sanos y salvos a Palacio?

Anne y Alfonso se miraron, el chico estaba en lo cierto, ¿cómo querían realizar su misión sin portar un arma por si acaso algo sucedía en el camino?

Los tres salieron de la habitación. Christopher fue a conseguir armas, mientras los otros dos fueron en busca de algunas cosas que necesitarían para su escape. Se quedaron de acuerdo en verse en veinte minutos en uno de los salones del ala oeste. Cuando volvieron a reunirse, cerraron las puertas del salón.

- ¿Y cómo piensas salir de aquí sin ser vistos? – preguntó Chris a su hermana.
- Por una puerta secreta – contestó ella.

Los dos chicos se miraron sin comprender.

- Este Palacio fue construido hace miles de años. Como buena reliquia tiene secretos ocultos en su interior – comentó la princesa resolviendo las dudas que todavía no formulaban ellos - Nuestros antepasados crearon pasadizos secretos por si era necesario evacuar el Palacio.

Anne caminó hacia una de las esquinas, movió un objeto colgado en la pared, el cual era un candelabro. Escucharon un leve ruido y una parte del muro se hizo a un lado.

- ¡Dense prisa! – gritó Anne – No tenemos mucho tiempo.

Los muchachos siguieron a la princesa, en cuanto estuvieron dentro del pasadizo, la chica volvió a mover otro candelabro parecido al que utilizó para abrir la puerta, pero esta vez para cerrar la entrada. Alfonso prendió

una de las lámparas que su amiga le había dado minutos antes.

- ¿Cómo es que sabes de esto? – cuestionó Chris sorprendido.
- Lo encontré por casualidad hace algunos años – mintió su hermana.

Cuando Anne y Martín empezaron su noviazgo secreto, por obvias razones el catedrático no podía ir a Palacio para visitarla, así que este le había revelado a la princesa la ubicación de dicho pasadizo. Al principio ninguno de los dos sabían a ciencia cierta si existía esa puerta, hasta que una noche y luego de varias horas buscándola en ese salón, la chica la encontró. Desde entonces, ella la había utilizado para escapar al anochecer, y así correr a los brazos del hombre que amaba, quien siempre la esperaba al final del camino.

La heredera al trono se detuvo unos segundos, su mente se aclaró para comprender algo que en la mañana no tenía sentido. Su padre había utilizado algún pasadizo del Palacio para salir sin ser visto, luego de aquella llamada telefónica misteriosa. Movié la cabeza, no cabía duda de que era igual que su padre, ambos habían utilizado los secretos del edificio sede de la monarquía para escabullirse en secreto.

- ¿A dónde nos llevará este corredor? – preguntó Alfonso.
- Está conectado con la Catedral de San Lorenzo – respondió la princesa.

Después de unos cuantos minutos andando llegaron al final del camino. Christopher se asomó para ver si el paso estaba libre. Lo único que podían percibir era un silencio total en el interior de la Catedral. Al comprobar que no había peligro, los tres salieron y cerraron la puerta secreta. Caminaron lo más sigiloso que les permitieron sus pies, no tuvieron problemas en su recorrido hacia el portón del edificio. Pensaron que debido a la guerra todos se encontraban refugiados en sus hogares, evitando la terrible contienda que se libraba en el exterior.

Salieron a la calle, no había ninguna persona rondando por ahí. Con cautela emprendieron su camino en dirección al Edificio de Maltas, sitio en que Anne esperaba que Martín estuviera escondido.

Mientras recorrían las avenidas desiertas de la ciudad, existía algo que le preocupaba a Christopher, tanta calma en medio de una guerra era demasiado alarmante, sin embargo no dijo nada, siguió los pasos de su hermana y su amigo con mucho cuidado.

Comenzaron a ver movimiento alrededor de la Explanada de los Fundadores. A los chicos se les hizo raro lo que observaban, no entendían por qué el enemigo dirigía al pueblo hacia aquella plaza. No fue difícil colarse entre la multitud, ahí podrían estar escondidos hasta que estuvieran lo suficientemente cerca de la Cámara de los Comunes, sería entonces cuando se separarían del grupo para ingresar a ese edificio

desde una puerta contigua.

En cuanto tuvieron a la vista la explanada se dieron cuenta de que no sería demasiado fácil librarse de los rebeldes, ya que estos tenían sitiado el lugar. No se percataron de que la misma ola de gente los arrastraba a la base de la plaza, hasta que ya estaban dentro. Se detuvieron y permanecieron parados junto a los demás, tenían que planear algo para salir de ahí.

Los tres observaron a su alrededor en busca de una salida, y fue entonces que se fijaron del escenario colocado en medio de la explanada. El sol estaba a punto de desaparecer, solamente se veía una fina línea rojiza, eran los últimos rayos del sol antes de esconderse por completo.

En la Explanada de los Fundadores se encontraba casi todo el pueblo. En la periferia los rebeldes vigilaban amenazadoramente con armas largas. Las estatuas de los fundadores, así como de los anteriores reyes miraban desde las alturas al público. Quizás ninguna de aquellas personalidades en sus tiempos hubiera creído, ni en sus sueños más locos, que volvería a ocurrir un acontecimiento de esa magnitud en el país.

Entonces un silencio horrible invadió el ambiente, un hombre que nadie supo identificar subió al escenario.

- Ciudadanos de Pritige – dijo Alejandro Burgos – El día de hoy los hemos reunido aquí donde todo empezó, con los fundadores de esta maravillosa ciudad – dio una pausa de unos segundos y continuó – Luego de varios años de destierro hemos vuelto a conseguir justicia. Justicia a los inocentes que fueron expulsados sin razón de su país.

Christopher torció la boca en desaprobación, sabía que lo que ese hombre decía era una completa mentira.

- A partir de hoy empezará una nueva historia para esta ciudad. Liberaremos a Pritige del más grande cáncer que ha enfermado a su pueblo. Hoy terminará la monarquía como la conocemos, crearemos otra en la que los privilegios serán para todos, no para unos cuantos. Para comenzar esta nueva etapa, lo primero sería acabar con la cabeza de esta terrible enfermedad.

Alejandro hizo una señal a sus súbditos. Del Edificio de Maltas salieron dos hombres con armas largas llevando a un hombre en medio, este tenía la cabeza tapada con una capucha.

Los tres se dirigieron por un pasillo rodeado de rebeldes, quienes tenían la encomienda de asegurar que el preso llegara a su destino. Cuando arribaron al escenario, lo subieron a empujones. Ya estando en la cima Manuel Manzano lo tomó por los hombros y lo aventó al suelo para que

cayera hincado.

Anne reconoció la capucha, así como la insignia que tenía esta, ahora recordaba todo. En uno de los libros de historia había visto aquel símbolo. En su lectura puntualizaba que la figura apareció por primera vez durante la Guerra de la Conspiración, ya que era el emblema de la insurrección. Los hombres que vio luego de los acontecimientos del Edificio de Justicia y de la Biblioteca Pública del Estado habían sido rebeldes, aunque todavía no comprendía por completo la razón por la que estuvieron en aquellos lugares.

- Este día lo recordarán como la caída del rey Felipe VI – anunció Burgos.

En seguida de las palabras de Alejandro, Manuel le quitó la capucha al preso. Todos los presentes se paralizaron, no podían creer que el rey se encontrara ahí, de rodillas, esperando la muerte frente al pueblo, la gente que lo había apoyado y amado. Manzano apuntó con su pistola a la nuca del monarca.

Inconscientemente Christopher quiso dar un paso hacia adelante, Alfonso lo detuvo, quien le dedicó una mirada severa de reojo, el príncipe comprendió lo que quiso decirle. Cerró las manos con desesperación, no podía hacer nada para salvar a su padre.

Felipe VI miró al pueblo, vio en cada uno de ellos terror y tristeza. Sonrió en sus adentros, confirmó al verlos a los ojos que lo estimaban demasiado. Comprendió que hasta ese día había hecho bien su trabajo, al final de cuentas se desempeñó como un buen rey. Suspiró hondo, su tiempo estaba por acabar.

Subió la cabeza para ver por última vez el cielo. Su último pensamiento fue hacia unos cuantos metros de ahí, hasta el Palacio de Baldovinos en donde se encontraba su familia, la que tanto adoraba. Sabía que mientras ellos estuvieran ahí nada podría pasarles. Confiaba en que su mejor amigo, Ronel se encargaría de proteger a su esposa y a su hijo menor, para la protección de su primogénita tenía a otra persona encomendada para dicha función.

Algo interiormente le decía que el senador Martín Frarraga estaba en ese instante cumpliendo con su palabra. Entendía que solamente él podría cuidar de su hija. Deseo con todo su corazón que después de que esta guerra terminara, la cual sin lugar a dudas ganaría la monarquía y luego de su coronación como reina de Pritige, ella misma pudiera cambiar su futuro. Esperaba que su pequeña Anne pudiera desposar al senador, pues ambos se lo merecían.

Unas cuantas lágrimas salieron de sus ojos, hubiera dado lo que fuera por estar presente en la boda de su única hija. Solamente importaba en ese

instante que la princesa estuviera a salvo. El cielo le pareció hermoso, ojalá hubiera tenido tiempo de verlo detenidamente. Ahora sólo era el lugar en donde esperaba que su alma se dirigiera después de lo que estaba a punto de pasar. Unas palabras que al principio sonaban distantes lo hicieron regresar a la cruel realidad que vivía, al momento de su ejecución.

- Es hora de despedirnos del rey – continuó Burgos.

Giró hacia el monarca, Felipe lo miró al rostro, si estaba a punto de morir vería a la cara a su asesino, moriría con la cabeza en alto.

- ¡Larga vida al rey! – gritó el líder de los rebeldes.

Alejandro apuntó a la frente de Felipe VI y disparó. Todos lloraron en silencio. Christopher y Anne ahogaron un grito, se tomaron de la mano fuertemente mientras veían cómo el cuerpo de su padre caía sobre las tarimas ya sin vida.

Capítulo 15

Capítulo 15

El Palacio de Baldovinos

Luego del espectáculo del homicidio del rey Felipe VI, todo se volvió un caos. La gente trató de salir de la explanada. Gritos, temor, empujones dominaban al pueblo.

Anne en medio de la confusión intentó llegar hasta el cuerpo de su padre, pero Christopher la detuvo, lo que tenían que hacer era alejarse inmediatamente.

Alejandro Burgos desde las alturas veía el terror que había provocado, sonreía orgulloso de su victoria.

- ¡Manuel! – gritó.
- ¡A sus órdenes, señor!
- Es hora de reclamar el puesto que me pertenece – dijo Alejandro bajando las escaleras - ¡Hacia el Palacio de Baldovinos!

Christopher, Alfonso y Anne aprovecharon el caos en la explanada para desaparecer de la vista de los rebeldes. Con algo de dificultades salieron de la plaza y fueron hacia la puerta lateral del Edificio de Maltas.

Christopher lidero el camino hacia la entrada, con arma en mano se introdujeron en la Cámara de los Comunes. Tuvieron que andar con cuidado en el interior. Los rebeldes cuidaban el edificio, estaban dispuestos a dominar las tres sedes del poder.

Anne los guío hasta la oficina de Martín, llegaron hasta ahí corriendo y entraron. El lugar se encontraba en plena oscuridad, prendieron las luces y se percataron de que estaba vacío. La princesa se volvía loca, tenía la esperanza de encontrarlo ahí.

- ¿Y ahora qué hacemos? – preguntó Alfonso.
- Iremos hacia su casa – contestó Anne – Tal vez esté ahí.

Christopher le tapó el paso a su hermana, la obligó a mirarlo a los ojos.

- No haremos eso – dijo Chris – Regresaremos a Palacio.
- Ustedes pueden regresar si quieren – insistió ella con determinación –

Yo iré a buscarlo.

El príncipe tomó el brazo de su hermana.

- No lo permitiré – dijo en voz alta – Ya nos arriesgamos a venir hasta aquí, no pienso volver a hacerlo – la miró con preocupación – Anne, nuestro padre a muerto – comentó con tristeza, al igual que ella, el príncipe se estaba aguantando para no derrumbarse – En este instante la línea de sucesión ha cambiado. Ahora eres reina – hizo una pausa – Y tú deber como tal es cuidar y proteger al pueblo.

La chica lo miró a los ojos, de estos comenzaron a salir lágrimas. Su hermano nuevamente tenía razón y aunque se encontraba desesperada por seguir buscando a Martín, tenía que comprender que su situación había cambiado, por lo tanto sus prioridades también. Había llegado el momento por el que se preparó toda su vida.

Respiró hondo, con todo el dolor de su corazón tomó una decisión. Asintió con la cabeza a Christopher y emprendieron el camino hacia la Catedral de San Lorenzo para regresar a Palacio.

Mientras recorría las calles que la alejaban de la Cámara de los Comunes, se prometió dos cosas. La primera era que regresaría por el cuerpo de su padre para darle sepultura como le correspondía a un rey, la segunda fue que volvería para buscar a Martín.

A la mitad del camino un grupo rebelde los descubrió. Christopher sacó el arma y comenzó a disparar. Corrieron con todas las fuerzas que tenían para llegar a la Catedral.

Una bala alcanzó al príncipe en el hombro izquierdo, este cayó por unos segundos y luego se levantó rápidamente para seguir corriendo. Fueron unos minutos de total histeria, y aunque le dolía mucho la herida, Christopher siguió su camino protegiendo a su hermana, no podía rendirse, su misión era llevarla hasta el Palacio, aunque eso le costara la vida.

De repente alguien comenzó a disparar a los rebeldes que los perseguían. Como todo sucedía tan rápido, los chicos solamente pudieron divisar que la persona que los ayudaba se encontraba parada frente a las puertas de la Catedral. Después de varios minutos llegaron por fin a ese lugar y su ayudante los empujó hacia el interior.

Anne corrió hasta donde estaba Christopher para ver su herida.

- Hermano, ¿estás bien? – preguntó asustada.
- Estoy bien – contestó el joven príncipe - ¡Corre! ¡Debes seguir!

- No voy a dejarte aquí – lloró Anne.

La chica se lamentó por lo ocurrido. Pensó que todo era su culpa, en un día había perdido a su padre, tal vez a Martín y ahora estaba a punto de perder a su hermano.

- ¡Tienes que irte ahora! – ordenó el príncipe.

- ¡Déjenme pasar! – inquirió una voz.

La princesa dejó de llorar por la sorpresa, ninguno de los tres se acordaba en ese instante de que existía una cuarta persona en la Catedral, quien les había ayudado a repeler el ataque de los rebeldes.

Alfonso jaló a Anne y entonces pudieron verla. La persona que les había ayudado era nada más ni nada menos que la misma gitana. La mujer rompió un poco de su falda para tapar la herida de Christopher, quien al sentir el contacto de la tela pujó por el dolor.

- Esto lo ayudará a que se detenga un poco la hemorragia en lo que lo llevamos a un médico – comentó la gitana.

- ¿Quién es usted? – preguntó Alfonso extrañado.

- Mi nombre es Esmeralda – contestó – Lamento interrumpirlos, pero no es momento de presentaciones, tenemos que salir de aquí. En cualquier minuto entrarán los rebeldes a buscarlos.

Entre Alfonso y la gitana llevaron a Chris hasta el pasadizo. Los cuatro pudieron respirar más tranquilos cuando se encontraron en el interior del escondite.

- ¿Cómo supo que vendríamos a la Catedral? – preguntó Anne sorprendida

- ¿Por qué está ayudándonos?

- Su majestad – contestó con dificultad la mujer – Este no es el mejor momento para resolver sus dudas. Le prometo que en cuanto estemos en un sitio a salvo, responderé todas sus preguntas.

Los cuatro siguieron su camino en silencio. De repente Anne vio que dieron vuelta a la izquierda, en vez de a la derecha. Ese no era el camino al Palacio.

- ¿A dónde nos lleva? – preguntó la chica asustada – Esa no es la dirección hacia Baldovinos.

- Efectivamente no es el camino al Palacio – confirmó Esmeralda – No podemos ir a ese lugar.

- ¿Por qué? – cuestionó Alfonso cansado por cargar a Chris.

- Porque el Palacio ha sido invadido por los rebeldes.

- Pero tenemos que ir ahí – dijo Anne preocupada – Ahí está mi madre, el

Comandante General...

Esmeralda miró a Anne con tristeza, ¿cómo iba a decirle lo que había pasado allá?

- La reina ha muerto – soltó Esmeralda.

Anne y Alfonso se paralizaron, no podían creer lo que escuchaban.

- ¿Y los demás? – cuestionó la chica con voz temblorosa.
- No hay los demás – interrumpió la gitana – Los rebeldes han matado a la mayoría, y los que faltan no les queda mucho tiempo de vida.

Anne no sabía qué hacer, quería llorar, sin embargo no era oportuno hacerlo. De repente recordó el libro que había escondido, no entendía por qué, pero su interior le decía, o mejor dicho, le ordenaba que fuera por ese objeto. Como si fuera cosa de vida o muerte.

- Tengo que ir al Palacio – dijo Anne – Necesito recoger unas cosas.
- No podemos ir, ya se lo dije – repitió la gitana – Es peligroso volver.
- No me importa, no seguiré hasta que vaya por lo que necesito – cortó tajante la chica.

Esmeralda refunfuñó, le habían dicho que la princesa era un poco terca, no obstante aquello era el colmo.

- Tengo una orden que es llevarla fuera de la ciudad, sana y salva – reclamó la mujer – Y cumpliré con ella.
- Pues ahora te ordeno que vayamos a Palacio – dijo Anne con voz arrogante – Si no me acompañas, iré yo sola.

La gitana respiró hondo, se tomó la cabeza con ambas manos.

- ¡Perfecto! ¡Está bien! – contestó de malas - ¡Iremos a Palacio! Pero ellos dos se quedaran a esperarnos aquí hasta nuestro regreso. Solamente tomará las cosas que necesita y nos vamos – advirtió la mujer.

Anne asintió. Dejaron a los chicos en el pasadizo y se encaminaron hasta el Palacio.

Capítulo 16

Capítulo 16

Traición

Esmeralda y Anne llegaron hasta la puerta del pasadizo que se localizaba en la sala del ala oeste. Al percatarse de que no existía peligro, se adentraron en Palacio y se dirigieron a la habitación de la chica.

Mientras ella tomaba las cosas de su cajón secreto, la gitana cuidaba la entrada. La princesa vació el contenido de su escondite en una bolsa, incluyendo el libro de Historia del Palacio de Baldovinos, que era la razón principal del por qué estaban realizando dicha encomienda, y luego se dirigió hacia el tocador, tomó la foto familiar que adornaba el mueble y la puso también en la bolsa. Del joyero sacó una cadena que se colgó en el cuello, cerró unos segundos los ojos y respiró profundo para evitar llorar, ahora todo lo que le quedaba de sus padres era aquel objeto, pues los reyes se lo habían regalado en su pasado cumpleaños.

Cuando se cercioró que no le faltaba nada, se reunió con Esmeralda y salieron al pasillo para enfilear sus pasos en regreso al pasadizo. En una de las salas contiguas a la que se dirigían escucharon pasos, la gitana la agarró de la mano y se escondieron detrás de una cortina gruesa, con la esperanza de que ahí no se dieran cuenta de su presencia.

Por una de las esquinas podían ver la mayor parte de la sala. De repente por la puerta por la que planeaban salir las mujeres, aparecieron tres hombres armados, supieron al instante que eran rebeldes debido a su ropaje, pues portaban la insignia de la insurrección, con ellos llevaban a una persona tapada en la cabeza con una capucha, y a quien los oscuros jaloneaban. De la otra puerta entraron otros dos hombres que quedaron a la vista de ellas.

Anne reconoció a uno de los dos hombres que acababan de hacer su entrada, ya que era el que había matado a su padre unas horas antes. Alejandro Burgos y Manuel Manzano se detuvieron delante de la persona que al parecer fungía como su prisionero.

Los otros rebeldes empujaron al preso, hasta que este cayó de rodillas, en seguida le quitaron lo que le cubría la cabeza. La princesa se tapó la boca para no gritar, el Comandante General era el hombre que se encontraba ahí, frente al asesino del rey.

- Voy a preguntarte otra vez – habló Alejandro - ¿En dónde se encuentra la princesa Anne y el príncipe Christopher?

Ronel lo miró a la cara y escupió a sus pies, Alejandro lo golpeó con la cachapa de la pistola.

- Responde, ¿en dónde están? – preguntó de nueva cuenta el líder de los rebeldes golpeándolo con más fuerza.

- Podrás golpearme todo lo que quieras – contestó el Comandante - ¡Jamás te diré en dónde están! En este momento están lejos de ti, en un sitio en el cual no podrás alcanzarlos.

El líder de los rebeldes se tocó la sien derecha, estaba perdiendo la paciencia. Tendría que encontrarlos, o todo lo que estaba logrando se iría al carajo.

- Voy a preguntarte por tercera vez – volvió a decir Alejandro desesperado

- ¿Dónde están?

- ¡Jamás te lo diré! ¡Prefiero morir a revelar su ubicación!

- Entonces, tus deseos son órdenes.

Burgos hizo una señal para que sus hombres se llevaran al preso.

- Encárguense del Comandante General – ordenó su jefe – Morirá por lo que se empeña en defender.

Los hombres levantaron a Ronel del suelo.

- Manuel – comentó Alejandro – Asegúrate de que su cuerpo termine colgado en la Explanada de los Fundadores, junto con el del rey Felipe VI y la reina Consuelo.

Manzano asintió, estuvo a punto de dar un paso cuando una tercera voz habló detrás de ellos, un tercer hombre del cual las mujeres no habían visto entrar. El corazón de Anne saltó por completo, conocía aquella voz.

- Si me permite, mi señor – dijo la nueva voz – Quisiera encargarme personalmente del Comandante.

El hombre avanzó hasta Ronel. Esmeralda y Anne pudieron por fin verlo, el Comandante se volvió loco, trataba de zafarse para llegar hasta él.

- ¡Tú! – gritó Martí - ¡Eres un bastardo traidor!

Martín lo miró a los ojos, su rostro era irreflexivo, Anne se petrificó. El hombre al que había amado por muchos años, por el que puso en riesgo

su vida unas horas antes, era uno más de los rebeldes.

- ¡Ya basta! – protestó Alejandro – Hazte cargo si quieres, Martín. Pero no quiero volver a escucharlo.

- Sí, mi señor – respondió Frarraga.

Dicho esto Alejandro y Manuel salieron de la habitación.

- ¿Cómo pudiste hacerle esto al rey? – gritó Ronel – Él confiaba en ti. Fernando confió la vida de su hija en tus manos y lo traicionaste.

- No debió hacer eso – repuso Frarraga – Eso sucede cuando confías en una persona que no conoces. ¡Llévenselo! – ordenó a los hombres y se dio la media vuelta para retirarse.

Marté forcejeo, quería escapar para en ese mismo instante acabar con el hombre que tenía enfrente.

- ¡Yo lo sabía! – reclamó el Comandante General – Desde el primer momento tenía razón. Sin embargo Felipe no quiso hacerme caso, incluso se molestó cuando fui a reclamarte a tu oficina de que pertenecías a los rebeldes.

Anne recordó aquel día, cuando se había encontrado casi de frente con su padrino en el Edificio de Maltas, ahora entendía la discusión que tuvieron los hombres en la oficina del senador, aquello que Martín no le quiso contar.

- ¡Felipe jamás debió de confiar en ti! Se lo dije mil veces, pero siempre su lado compasivo le ganaba, aunque fuera el monarca. Prefería darle el beneficio de la duda a la gente, antes de pensar que podrían ser malas personas.

El senador seguía dándole la espalda, estaba congelado, sus respiraciones eran entrecortadas, tenía los ojos cerrados.

- ¿Cómo podrás dormir por las noches después de lo que has hecho? – preguntó severamente Ronel – Ayer Felipe cometió el peor de los errores que una persona puede hacer. Anoche le reclamé que no pensaba como soberano, sino como padre cuando anunció que iría a buscarte al Edificio de la Cámara de los Comunes.

Anne abrió un poco la boca con sorpresa, comprendía en ese instante el por qué su padre había salido alrededor de las diez y media de la noche de Palacio, su destino fue extrañamente la oficina de Martín, no obstante seguía sin ser claro el motivo para semejante visita.

- Su instinto de padre lo llevó hacia ti. Cuando supe la locura que cometería le impedí que fuera contigo, aun así lo hizo. Anoche

desesperado acudió a ti para hacerte prometer que cuidarías de Anne. Creyó saber que tú la amabas por completo, que si era real aquel amor que decías tener, no dudarías ni un segundo en dar todo por ella. ¿Cómo pudiste prometerle aquello sabiendo que no lo cumplirías?

Ronel guardó silencio, estaba furioso, él siempre había sido un hombre honorable, cumplía con sus promesas, por eso el hecho de que Farraga no lo estuviera haciendo lo volvía loco.

- Felipe murió pensando que su hija estaría en buenas manos. Murió creyendo que tú la protegerías hasta sus últimas consecuencias. Murió creyendo en tu palabra. No sabe el grave error que cometió.

Farraga respiraba hondo, esas palabras recalaban en su interior. Recordó la escena de la noche anterior en su oficina. Cerró los puños, sin embargo no dijo nada, dio varios pasos hacia la puerta.

- ¡Ella confiaba en ti! – volvió a gritar Ronel.

Martín se paró en seco, no volteó a verlo.

- ¡Ella te amaba! – siguió el Comandante – Prometiste a su padre protegerla hasta con tu propia vida.

El senador torció la boca con molestia. Guardó unos minutos en silencio. Ya era demasiado.

- ¡Llévenselo! – ordenó de nuevo.

Los tres rebeldes se retiraron con el prisionero, Martín se quedó unos minutos congelado en ese lugar. Dio unos pasos hacia la salida, pero se detuvo en seco al escuchar un ruido que provenía de la cortina. Esmeralda sin querer se había movido de más ocasionando el sonido.

El senador volteó hacia el escondite de las mujeres, ellas contuvieron la respiración con miedo y permanecieron lo más quietas que podían para que no las descubrieran. El hombre dudó un momento, luego salió del salón por la puerta en la que entró. Al escuchar el sonido de las bisagras al cerrarse, Esmeralda tomó la mano de Anne y la jaló hasta la otra sala en donde se ubicaba el ingreso al pasadizo.

Cuando se encontraron en su interior, corrieron todo el tramo hasta llegar al sitio en el cual aguardaban los chicos. Se reencontraron con ellos y sin perder ningún minuto, siguieron el otro camino, con la finalidad de poner la mayor distancia entre el Palacio y los viajantes. Anne lo único que quería en ese instante era alejarse lo más rápido posible de aquel lugar.

Capítulo 17

Capítulo 17

La nueva reina

Anne, Esmeralda, Christopher y Alfonso corrían por el pasadizo secreto que los llevaría lejos del Palacio de Baldovinos. Después de mucho andar, por fin pudieron ver el exterior. Ese trayecto los llevó al interior del Bosque de los Dioses, el cual abarcaba la gran parte del país de Pritige. Cuando empezaron su nuevo recorrido ya había anochecido.

Con la luna como su guía, enfilaron el estrecho camino que los llevaría a lo que Esmeralda había llamado: "El Cuartel General". Los muchachos todavía no sabían a qué se refería la gitana, aun así la siguieron sin decir nada. Anne tenía la mente en otro lado, en tan solo un día, lo que había conocido ya no era más. Sus padres acababan de morir, el sitio al que toda su vida consideró como su hogar ahora era peligroso para los suyos, y sobre todo el hombre al que le había entregado su corazón era un traidor.

No entendía como jamás fue capaz de verlo en los cinco años que llevaba con el senador. Quiso llorar, pero se regañó mentalmente, las cosas ya estaban de por sí complicadas como para que se soltara a llorar como una niña a mitad del bosque. Tenía que aguantar, tenía que sobrevivir, tenía que seguir adelante a pesar de todo. De sus ojos salieron unas pequeñas lágrimas, aunque trató de que no ocurriera, su corazón guardaba demasiadas cosas que ya no podía soportar más. Dejó que fueran cayendo poco a poco sobre su rostro en silencio, se merecía unos minutos de debilidad.

De repente a lo lejos vieron una mina abandonada, Esmeralda los condujo por una puerta improvisada para entrar en ella. Anne no sabía en que parte se encontraba. En su memoria no pudo ubicar ese espacio en específico del bosque, y eso que pensaba que gracias a su padre, conocía todo el país. Caminaron unos cuantos minutos más para llegar al fondo de la mina. Ahí luego de bajar varios escalones, tuvieron a la vista una especie de sala común enorme, la cual contenía mucha gente, quienes eran personas del pueblo que lograron escapar de la ciudad. Algunas de ellas presentaban heridas, por lo que estaban siendo atendidas por personal médico.

- ¿En dónde estamos? – preguntó Alfonso.

- Bienvenidos al Cuartel General – respondió Esmeralda – Este lugar era una mina que quedó en desuso. Luego de la Guerra de la Conspiración, el

rey Jorge V mandó a construir un refugio que se encontrara dentro del bosque, para que fuera apartado de la metrópoli y escondido de ojos curiosos, con la finalidad de que si algún día llegara a ocurrir una nueva rebelión, pudieran albergar a la gente del pueblo mientras duraba la guerra. En cuanto el rey Felipe VI se enteró de que el levantamiento estaba próximo en ocurrir, mandó a traer las provisiones necesarias para la supervivencia de los ciudadanos.

La gitana entró a la sala común, los chicos la siguieron atónitos de lo que veían.

- En la víspera del levantamiento se conformó un grupo de voluntarios para sacar a la gente de sus casas y trasladarlas aquí – la mujer hizo una pausa y su rostro mostró tristeza - Desgraciadamente no pudimos traernos tantas como queríamos porque entonces los rebeldes sitiaron la ciudad.

Mientras Esmeralda les platicaba lo anterior, los tres caminaban observando a su alrededor. La guía de los chicos hizo una seña a lo lejos y un médico junto con un enfermero se acercaron para atender a Christopher. De repente se prolongó un silencio enorme, la gente volteó a verlos.

Alfonso y Anne se vieron confundidos, después de unos segundos comprendieron que las miradas de los ciudadanos iban directo hacia la chica. Ella se puso nerviosa, y sin entender lo que sucedía a su paso las personas comenzaron a hacerle reverencia, lo cual la sorprendió aún más. Entonces recordó lo que Christopher le había dicho unas horas antes. Luego del primer minuto en que había fallecido su padre, la línea de sucesión había cambiado, ella había avanzado, y ahora se había convertido en la reina de Pritige.